

FRANCISCO RODRIGUEZ BATLLORI



GALDÓS EN SU TIEMPO

FRANCISCO RODRÍGUEZ BATLLORI

GALDÓS
EN SU
TIEMPO

[ESTAMPAS DE UNA VIDA]

1968



Al margen de actividades profesionales, Francisco Rodríguez Batllori se ejercita vocacionalmente en nobles tareas literarias. La mayor parte de su obra duerme y alienta en las páginas de la prensa nacional, a la que llegó siendo aún joven, por el camino del artículo y el ensayo breve, el cuento y el reportaje, ensamblando así, en íntima relación, su temprana afición a las letras y un gusto especial por los temas de interés cotidiano. Conocedor de todos los caminos de España, sus crónicas sobre ambientes y costumbres han sido el vigía discreto y veraz de muy diversos y heterogéneos climas estéticos.

Apasionado de su tierra, Canarias, comenta con amor y eficacia las peculiaridades de aquellas Islas, en trabajos breves y amenos que dan la exacta medida de todo lo que allí es implícito o tiene carácter permanente. Tanteando el peso específico de esta región española, evoca y documenta sus bellezas y lanza el aguijón inquietante de la curiosidad y la sorpresa.

No se conforma Rodríguez Batllori con admirar platónicamente el espectáculo maravilloso de sus Islas, sino que procura contagiar al lector su entusiasmo trazándole, en forma directa y sencilla, con prosa exacta y animada, el itinerario estético y el paisaje espiritual del archipiélago canario.

En el libro que ahora saca a la luz, *Galdós en su tiempo* (estampas de una vida), Rodríguez Batllori ofrece una síntesis clara y exacta, imparcial y solvente, sobre diversas facetas de la vida y la obra del novelista canario. El equilibrio y la medida constituyen la característica más acentuada de esta obra.

J. DE V.

A Pepe Eliquel Ayola, fino
y grato escritor y amigo de ayer
y de siempre.

Cordialmente

A large, stylized handwritten signature in cursive script, appearing to read 'Rulloni'. The signature is written in dark ink on a light background.

cc. de. 5 11-XI-68.

GALDÓS EN SU TIEMPO

FRANCISCO RODRÍGUEZ BATLLORI

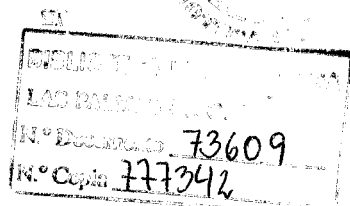
GALDÓS
EN SU
TIEMPO

[ESTAMPAS DE UNA VIDA]

PRÓLOGO DE
FEDERICO CARLOS SÁINZ DE ROBLES

J. M. Alzola
Peregrina, 15
Las Palmas de G.C.

1968



DEPOSITO LEGAL G. C. 336 - 1968
LIT. SAAVEDRA - LA NAVAL, 225/227 - LAS PALMAS

PRÓLOGO

PÉREZ GALDÓS no fue muy estimado por los escritores —punteros, secundarios y aun tercerones— de la llamada "generación del 98". Ni en Germinal (1897-1899), ni en Vida Nueva (1898-1900), ni en Revista Nueva (1899), ni en Vida Literaria (1899), que fueron las revistas genéricas más afectas a la generación, hay alusiones incondicionalmente laudatorias a la obra del genial novelista. (Bien recientes, en libros dedicados a recoger la correspondencia literaria conservada en el Archivo de Galdós, se multiplican las cartas de algunos de los noventayochistas, que años más tarde presumieron de adversarios de don Benito, en las que se adula a éste con los adjetivos propios de los "tiralevitas"). Por el contrario la por mí calificada como "promoción de El Cuento Semanal" sí fue entusiasta incondicional de Galdós. Quien de nuevo quedó silenciado, soslayado, desdeñado, por el grupo de pali-

duchos y mórbidos narradores europeizados que se dieron a conocer en la orteguiana Revista de Occidente (1923-1936) y en su editora filial Nova Novarum. A partir de 1920, año de la muerte de don Benito, éste pasó a ser un escritor de muchos lectores —del montón—, mas sin resonancia en la alta crítica literaria. Pero, aun entre muchos lectores sencillos, como autor de los Episodios Nacionales, recomendados a los muchachos por su sana y enardecedora lectura patriótica. Sin embargo, sus novelas y su teatro quedaron anatematizados categóricamente y destempladamente por el jesuita P. Ladrón de Guevara en su Índice particular Novelistas buenos y malos.

Yo inicié mi fervor galdosiano cuando aún no había salido de mi niñez, sorbiéndome los Episodios. Y cuando me disponía a sorberme igualmente las novelas —¡tan madrileñas!, ¡tan madrileño yo!—, mis profesores y consejeros espirituales en el Seminario Conciliar de San Dámaso me advirtieron tajantes, conminativos: —¡Galdós es un impío, un furibundo anticlerical, un sembrador de errores contra la Moral y el Dogma!—. Y yo, que era un buen chico y seminarista piadoso como pocos, quedé asustadísimo; y miraba, y sólo de reojo, expuestas en los escaparates de las librerías, aquellas obras nefandas de aquel nefando don Benito de sus pecados y que no lo sería de los míos.

Claro está que me despistó un poco contemplar en un número de Nuevo Mundo —1912— a don Benito y al Excmo. y Rvmo. Obispo de Jaca, don Antolín López Peláez, dialogando sonrientes, y como muy bue-

nos amigos, en el domicilio del novelista. Y aun me despisté más cuando en abril de 1914 se inició en España una suscripción pública que garantizase la noble ancianidad de nuestro glorioso novelista en medida libre de necesidades y privaciones materiales; suscripción encabezada por su Majestad el Rey don Alfonso XIII (a quien no importó un bledo el presunto republicanismo del genial español) con la entonces exorbitante cantidad de 10.000 pesetas... ¡de plata! No tengo reparo en confesar que pudieron más en mí el monarca y el prelado que los profesores y consejeros de conciencia del Seminario matritense. Por tanto, a hurtadillas, leí, devorándolas leoninamente, Fortunata y Jacinta, Miau, el Amigo Manso, los Torquemada, Misericordia, Nazarín... Desde 1914 mi galdosianismo quedó roquero, desafiante.

Y lo probé con fiereza, y hasta jugándome el tipo literario, en 1941, publicando —prologadas, anotadas, con minucioso Censo de los personajes— las obras completas de don Benito. ¿Debo recordar que entre 1939 y 1950 y en España fue Pérez Galdós un novelista condenado al ostracismo, declarado oficialmente réprobo? Ello motivó que en tales años, como entre 1920 y 1936, apenas fueran publicados media docena de libros y un centenar de artículos periodísticos dedicados a Galdós, y no todos panegíricos, sino bastantes haciéndole fu. Que —digo yo— había pasado de moda. Que —añado yo— estaba metido en ese Purgatorio literario del que no se sabe cuándo saldrá un autor, y si saldrá para remontarse a la ya imperdible Gloria literaria, o para precipitarse en el Infierno li-

terario que es el definitivo olvido. Dirán mis lectores que voy a presumir, porque viene a cuento, de haber sacado del Purgatorio a don Benito. No voy a presumir, no, sino que presumo de haber iniciado la luminosa asunción de don Benito. Y quien desee disputarme en España este mérito habrá de presentar prueba anterior a 1941.

Ya en la Gloria literaria Pérez Galdós, a partir de 1950, en el universo mundo y en veinte o treinta idiomas, se multiplicaron los libros y los ensayos y las crónicas dedicados a ensalzarle, a estudiarlo en sus esencialidades y en sus menudencias. A sumarse a ellos llega Galdós en su tiempo, libro del gran periodista y literato canario Francisco Rodríguez Batllori. Quien, desde hace años, en la prensa de toda España, ha dedicado crónicas y ensayos a ensalzar la persona y a escoliar la obra de Galdós con sagaz clarividencia de juicio y admirable precisión expositiva. Como el título del libro ya aclara sin lugar a dudas, ni Batllori ha intentado una biografía exhaustiva, ni un enjuiciamiento total de la producción literaria de don Benito. Es el suyo un libro de divulgación en el que se concretan los momentos cruciales en la vida de Galdós y los libros esenciales de su producción vastísima. Con excelente criterio Rodríguez Batllori hace más hincapié en los años canarios —niñez y adolescencia— del escritor, por ser los menos conocidos de biógrafos y críticos galdosianos, y en aquellas obras que marcan la evolución y la creciente grandeza del autor de Ángel Guerra y El Abuelo.

De los veintitrés capítulos que suma Galdós en su

tiempo me parecen los más reveladores y curiosos los referentes —insisto— al niño y adolescente Benito; al espíritu religioso y a las ideas políticas de Galdós; a Fortunata y Jacinta como espejo limpio, hermoso y enorme que refleja la panorámica del Madrid de la segunda mitad del siglo XIX. Cuando Rodríguez Batllori comenta las críticas adversas a Galdós —que fueron, sin excepción, tan sectarias como currinches— achacándole no hubiese creado personajes de la proyección universal que Don Quijote, Sancho, Monipodio, Sotileza, Muergo, el P. Apolinar, yo me permito apostillar que, aparte los de Cervantes, los restantes modelos citados quedan infinitamente por bajo de dos o tres docenas de criaturas galdosianas. Porque, vamos a reflexionar..., ¿qué vale el P. Apolinar ante Nazarín o el P. Polo? ¿Y qué Sotileza ante Marianela, Gloria, Fortunata o la Benina? ¿Y qué Muergo ante Ángel Guerra, Torquemada, la de Bringas, Celipín Centeno?

El libro de Rodríguez Batllori suma valores muy interesantes. Su consciente amor a la criatura Galdós. Su conocimiento grande de la obra de su genial paisano. La clarificada precisión con que va logrando síntesis felices en cada uno de los veintitrés capítulos. La amenidad con que prende al lector, y le sujeta, para ponerle en contacto ya irrompible con uno de los españoles más gloriosos de todos los tiempos. Obra, sí, de muchos quilates este Galdós en su tiempo de Francisco Rodríguez Batllori.

FEDERICO CARLOS SÁINZ DE ROBLES

Junio 1968

PALABRAS NECESARIAS



Busto de Pérez Galdós, por el escultor Bañuls.

*L*AS páginas que siguen sólo aspiran a satisfacer un propósito de divulgación, sin exigencias eruditas ni profundidades críticas que, en el mejor de los casos, estarían de más. Entrego al lector, en obligado esquema, rasgos y facetas de la vida y la obra de un hombre genial, que honra a las letras españolas. Esta gavilla de páginas recoge, sencillamente, unos datos relevantes, sin concesiones al sonoro retoricismo ni a la fácil y superflua digresión.

Sobre Galdós se ha escrito mucho, desde aquellas noticias que ya nos transmitieron sus contemporáneos hasta las exégesis que en los días actuales se han puesto de moda; pero no tenemos aún la biografía amena, armoniosa y veraz que la importancia del personaje reclama y a cuya aparición no debemos regatear ninguna clase de aportaciones.

Me importa insistir en que no tienen estas páginas aspiración superior a las fuerzas de quien las escribe. No tratan de vindicar el nombre de Galdós ni demostrar que ha sido víctima del apasionamiento y el sectarismo. Esto es bien sabido. Se dirá, naturalmente, que este antiguo y desfavorable concepto ha sufrido, de algún tiempo a esta parte, un cambio tan profundo como radical. Pero la difamación pretérita, el injusto anatema, el desdén de otros tiempos labraron honda huella, incluso en los espíritus más cautos y serenos. Para borrarla se precisa de algo más que un libro de divulgación; algo que destruya arcaicos prejuicios y rectifique las interpretaciones caprichosas que sobre el novelista gravitan todavía.

Para lo próximas que están aún la vida, la obra y la muerte de Galdós —tan próximas que yo mismo, aunque teniendo entonces muy pocos años, recuerdo perfectamente lo que de él se comentaba—, pocas figuras como la de don Benito siguen tan confusas, tan opuestamente juzgadas, tan en la penumbra, pese a los focos de escándalo y a las ráfagas críticas que han pretendido iluminar, en varios climas y lenguas, su personalidad y su producción literaria. Se han distinguido dos direcciones diametralmente opuestas: hay quien presenta a Galdós como un heterodoxo, sin paliativos, y quien casi lo quiere convertir en un ángel. Estas dos posiciones, como ocurre siempre con las posturas radicales frente a la realidad humana, varia, dubitativa, contradictoria, son igualmente comprometidas.

Estas notas, con su natural timidez, se proponen

contribuir desapasionadamente al esclarecimiento de esa pertinaz actitud que identifica a Galdós con radicales e intransigentes tendencias políticas, religiosas y sociales. No se trata —repito— de una reivindicación ni de un panegírico sino de advertir, con el mayor convencimiento, del error en que incurren quienes pretenden juzgar lo pasado con el criterio del tiempo presente.

I. BALBUCEOS LITERARIOS

I

Balbucesos literarios.

LOS ensayos biográficos dedicados a Galdós omiten radicalmente —o sólo tratan en forma fragmentaria— los datos relativos a la niñez y adolescencia del escritor canario. El propio don Benito contribuyó en gran parte a desdibujar este período de su vida, pasándolo por alto en sus *Memorias*, escritas a vuelapluma y con notorio desdén por la ordenación de las ideas. “Omito —dice en aquellos apuntes— lo referente a mi infancia, que carece de interés o se diferencia muy poco de otras de chiquillos o de bachilleres aplicaditos”.

No fue el novelista un adolescente precoz, aunque las citas que salpican sus trabajos juveniles demuestran su vivo interés por las disciplinas clásicas y un conocimiento nada vulgar de los nombres que alcanzaron relieve en la cultura antigua. El período de la vida de Galdós que transcurre en las aulas del colegio de San

Agustín, de Las Palmas, resume fundamentalmente las primeras inquietudes artísticas del novelista y revela su ingénita vocación por las letras, que tan alto pedestal habían de reservarle.

¿En qué consisten los primeros balbuceos literarios de Galdós? ¿Cuáles fueron sus anhelos artísticos antes de su partida de la isla? El gusto literario de su tiempo le empujó por los cauces del Romanticismo. “Todo muchacho despabilado, nacido en territorio español —dijo mucho tiempo después—, es dramaturgo antes de ser otra cosa más práctica y verdadera”. Y él, naturalmente, para no ser una excepción, compuso en su adolescencia un drama histórico, en verso, *Quien mal hace, bien no espere*, cuya acción, llena de violencias y crímenes, se desarrolla en un castillo feudal de la época del rey don Sancho IV. Don Froilán, héroe sanguinario, mata a su hija y al hermano de su esposa. Al darse cuenta de la magnitud de sus crímenes expresa su arrepentimiento en largas tiradas de versos metafóricos. En las patéticas imprecaciones del personaje resalta la influencia de las tendencias literarias en boga.¹

Pero el tono dramático no cristalizaría en la futura obra de Galdós; tampoco sería el verso su forma habitual de expresión literaria. La observación inteligente y minuciosa de los detalles de la vida vulgar se traduce en rigurosas descripciones del mundo circundante o en un diálogo penetrante, animado y veraz.

La huella más interesante de los primeros brotes

¹ “¡Confúndeme, Señor! ¡Dame la muerte! ¡La muerte, sí! ¡La muerte y el infierno...!”

literarios de Galdós, está representada por la pequeña obra *Un viaje redondo, por el bachiller Sansón Carrasco*, escrita en Las Palmas el año 1861. La acentuada tendencia clásica de este escrito comienza a manifestarse, inconfundiblemente, en su ampulosa y cervantina dedicatoria: “Sapientísimo lector: De buena gana quisiera entrar de lleno en el verídico asunto de mi historia, sin andarme en dimes y díretes contigo; pero al considerar que un personaje tan respetable como tú pondría muy mala cara al abrir las hojas de este mi libro, y que al encontrarse sin la debida *Dedicatoria* lo arrojaría mohíno a cien pasos de sí, tomé de mal humor la mal tajada péñola, y descansando el codo en el papel, permanecí perplejo un largo rato sin saber qué decir ni cómo comenzar... ¡Ira de Dios! Quién pudiera, lector sapientísimo, asentar esta mi poderosa mano en tus hinchados mofletes; quién pudiera asir con entrambas manos un grueso garrote de avellano y hacerlo astillas sobre esas posas que envidiaría el mismo Sancho Panza...” El tono y el estilo de este prolegómeno bastan para descubrir el énfasis con que está concebido y escrito este viaje de ida y vuelta al infierno.

El Sol es un breve ensayo de crítica literaria; una réplica a quienes atribuían al joven escritor falta de pasión, de lirismo y de galas literarias, tan prodigados en aquella época. Es un diálogoseudolírico que aboga por las imágenes sinceras y realistas. La poetización de la realidad es un entretenimiento pedantesco; el esfuerzo sin inspiración resulta artificial, estereotipado y falso. “¿Qué diablos tienes en la cabeza —dice el autor al poeta pedante— que estás de-

lirando con espectros, fantasmas, luces y satánicas inspiraciones?”

De *Un viaje de impresiones*, empeño de obra ambiciosa escrita en colaboración con uno de los profesores del colegio de San Agustín —caso único en la carrera literaria de Galdós—, sólo se conservan las primeras cuartillas. En el proyecto inicial figuraban veintidós capítulos. Escrito el primero por Galdós, revela el sentido realista y naturalista del autor. La situación, el detalle, el tiempo y el espacio se someten a lógica medida de unidad y conjunto. El título del capítulo final —*¡Quién estuviera en Canarias!*— resume el sentimiento íntimo de Galdós y contradice la indiferencia por su isla que inmotivadamente se le atribuye.

Pocas vidas de artistas requieren que los primeros años de su existencia y la labor realizada en la niñez y la adolescencia sean destacadas con alguna amplitud. Sin embargo, quien intente un día, con fervor y decisión, la biografía de Galdós tendrá que contar con los años de su niñez laboriosa y reflexiva, porque en esta primera época de su vida prendió la simiente de una vocación que, al llegar la juventud, era ya ardor y entusiasmo. Galdós ha sido el caso opuesto al de tanto niño prodigio que, una vez rebasada su infancia, en lugar de robustecer sus condiciones artísticas, o cuando menos conservarlas, se abandonan perezosamente por el fácil camino de la vulgaridad y el fracaso. La avasalladora inspiración del novelista no conoció retrocesos en su marcha ascendente hacia la radiante plenitud y madurez.

II. POETA EN CIERNE

II

Poeta en cierne.

TOLOSA Latour —“el doctor Fausto”— amigo entrañable de Galdós, recuerda que, ya en el colegio isleño, era don Benito un incansable lector, capaz de recitar de memoria páginas enteras del *Quijote*. Acostumbrado a leer en voz alta, paseaba solitario en la azotea de su casa repitiendo párrafos del libro inmortal. En esta azotea, bajo un cielo desnudo que vuelca raudales de luz sobre la ciudad silenciosa, ensayaba Galdós la métrica inexperta de sus primeros versos. Pasados los años de niñez y de juventud solamente prestaba atención a los buenos poetas. “Se moría de risa —escribe *Clarín*— con los versos de los poetastros académicos”.

Cierto día, en el salón de estudios del colegio de San Agustín, turbado por la presencia inquietante de los profesores, escribe un verso satírico cuyas vicisitudes nos son conocidas gracias a un artículo publi-

cado en *Diario de Las Palmas* por Francisco Inglott, amigo y condiscípulo de Galdós.

Esta poesía, titulada *El Pollo*, satiriza la presumida figura del *pisaverde*, típico producto de la época, sin otra ocupación que la de acicalarse y vagar de un lado a otro en busca de galanteos. El verso circuló profusamente entre los escolares y llegó a las páginas de *El Comercio*, de Cádiz. Su reproducción en un periódico de la corte significa el debut de Galdós en las columnas de la Prensa madrileña. Las calidades líricas de este ensayo juvenil no aspiran a su inclusión en una antología poética de mediano rango :

*Ves ese erguido embeleco
ese elegante sin par
que lleva el dedo pulgar
en la manga del chaleco;
que altisonante y enfático
dice mentiras y enredos
agitando entre sus dedos
el bastón aristocrático;
que estirando la cerviz
enseña los blancos dientes
sobre la curva nariz;
que saluda con tiesura
a todo el género humano
y lleva siempre la mano
enclavada en la cintura;
que más obtuso que un canto
y sin saber la cartilla,
refiere la maravilla
del combate de Lepanto;*

*que va al teatro y pasea
sus miradas ardorosas,
contemplando a las hermosas
jóvenes de la platea;
que aplaude mucho al tenor
y aplaude a la Cavaletti,
y critica a Donizetti
y al autor del Trovador;
que hallándose en la reunión
sin modales elegantes
se va estirando los guantes
por vía de admiración? ...
Ese estirado pimpollo
que pasea y se engalana
de la noche a la mañana,
es lo que se llama un pollo.*

Jugosa sustancia ofrece otra poesía de sátira social, titulada *El teatro nuevo*. Esta vez iba dirigido el dardo a las autoridades canarias que habían concebido la idea, al parecer disparatada, de construir un teatro a orillas del mar. La cuestión apasionaba a las gentes y don Benito, incapaz de permanecer ajeno a la polémica, intervino directamente en las acaloradas discusiones. Es posible que este ensayo poético fuese escrito también en las aulas del colegio isleño, pues los hechos en que se inspira tuvieron lugar entre 1861 y 1862. Los esdrújulos de esta composición recuerdan caprichosamente al autor del *Templo militante*. El nombre de Cairasco figuraba en la fachada del nuevo coliseo, y Galdós pone en boca del genio poético de

las islas un tremendo anatema contra el autor del disparate urbanístico :

*En una noche lóbrega,
se cierne sobre el ámbito
de la ciudad pacífica
siniestro ser fantástico.
Es el espectro fúnebre
de aquel poeta extático
que a mártires y vírgenes
y apóstoles seráficos
colores dio poéticos
con sus serenos cánticos;
de aquel cuyos volúmenes,
que algunos llaman fárragos,
contienen más esdrújulos
que gotas el Atlántico.
Al ver la chata cúspide
del coliseo náutico,
una sonrisa lúgubre
bulló en sus labios cárdenos,
y con expresión hórrida
exclama contemplándolo:
¿Quién fue el patriota estúpido,
quién fue el patriota vándalo,
que imaginó las bóvedas
de ese teatro acuático?
¡Por vida de san Crispulo!
Que a genio tan lunático
merece coronársele
con ruda y con espárragos
para que el tiempo próximo*



Desde muy joven y paralelamente a sus juveniles destellos literarios, Galdós sintió una viva afición por el dibujo y la pintura.

*en los anales clásicos
 le aclame por cuadrúpedo
 con eternal escándalo.
 Así dijera, y súbito,
 su rostro seco y pálido
 tiñóse con la púrpura
 del encendido gánigo,
 y en los espacios célicos
 corrió con vuelo rápido,
 pronunciando los últimos
 esdrújulos tiránicos,
 que en el espacio cóncavo
 repite el eco lánguido,
 diciendo en voz lacónica:
 ¡Qué bárbaros, que bárbaros!*

No pararon aquí las incursiones de Galdós en el campo de la poesía. La musa juvenil le inspira también un extenso poema épico-burlesco, en octavas reales, *La Emilianada*, que alude a sucesos acaecidos en el inquieto mundillo de las aulas. El protagonista, —“no menos grande que César...; semejante al coloso del siglo XVI... que se sumergió en los claustros de Yuste”— formaba parte del profesorado del colegio y no era grato a los compañeros del poeta :

*Un ruido sordo en el recinto suena
 y los valientes de pavor transidos
 contemplan todos con horrible pena
 sus furores en miedo convertidos.*

.....

*La herrada puerta entre sus goznes gira
 y en el dintel don Lucas se abalanza
 bañado el rostro, que terror inspira,
 con la sonrisa cruel de la venganza.
 Con ojos de Satán la turba mira,
 cual tigre que se apresta a la matanza,
 cual hambriento cóndor que ve delante
 rojo montón de carne palpitante.
 Disperso corre el engréido bando
 a la vista del jefe furibundo,
 con vergüenza y despecho deseando
 que se lo trague el ámbito profundo.*

.....

*¡Esclavo sin razón!, ¿por qué combates?
 Humíllate al poder de los magnates.*

Fueron éstas, y muy pocas más, las composiciones poéticas del escritor canario. Brote juvenil sin huella apreciable en su futura actividad literaria. Pero la vivacidad que campea en estos intentos, la ocurrencia fácil y espontánea que los anima se generaliza y robustecen en la madurez artística del novelista.

El oficio o arte útil de donde arranca toda creación literaria no estaba reservado en Galdós para el lenguaje poético. Su fantasía creadora plasma, con vigor y exactitud, en la pintura de personajes y ambientes, de valores y sentimientos vivos y palpitantes.

III. AFICION AL DIBUJO

III

Afición al dibujo.

PARALELAMENTE a sus juveniles destellos literarios se desarrolló en Galdós una viva afición por el dibujo. En el trazo y en la figura corporeizaba sus agudas observaciones. Más que su violín de Ingrès, el dibujo significaba en el futuro novelista la aptitud secundaria que instintivamente satisfacía una apremiante necesidad de su espíritu. De tal manera le sedujo este arte que, en plena adolescencia, cuando aún no había abandonado la isla, presentó algunos cuadros y bocetos en cierta exposición celebrada en Las Palmas, obteniendo premios y menciones honoríficas.

Existe cerca de un centenar de dibujos de Galdós, en los que sorprende la jovialidad y el donaire que apoyan su sátira contra los falsos convencionalismos de la sociedad isleña de su época, y ponen en solfa las rivalidades políticas y administrativas que durante

años existieron entre las dos capitales del archipiélago. La gracia y el vigor de estas caricaturas son expresión gráfica de la natural propensión irónica que sutilmente se filtra a través de la obra literaria del autor de los *Episodios Nacionales*.

A Madrid llegó el novelista en una época fecunda en acontecimientos políticos. Confundido con la turba estudiantil, presenció en la Puerta del Sol los ruidosos sucesos de la noche de San Daniel y, un año después, la sublevación de los sargentos del cuartel de San Gil. Cursaba la carrera de Derecho, pero no sentía por estos estudios vocación ni entusiasmo. Su frecuente abandono de las tareas escolares hallaba compensación provechosa en un vagar constante por viejos barrios madrileños, donde su fino instinto rastreaba el precioso material que serviría más tarde para la creación de escenas de ambiente popular.

En esta época, y con tan ricos motivos de inspiración, seguía cultivando apasionadamente su afición por el dibujo. Convertido en puntual visitante de exposiciones y museos, adquirió cierta facilidad en el manejo de los pinceles; en su madurez realizó algunos pequeños óleos, estimables por su ejecución pero tocados de amaneramiento. Durante sus veraneos en la Montaña, Galdós solía pasear con don Antonio Maura por el campo y la ribera, de donde extraían los apuntes y bocetos para sus óleos y acuarelas de ambiente marino o rural.

Algunos dibujos que figuran en la edición ilustrada de los *Episodios Nacionales* son obra personal de Galdós y recuerdo de su adolescencia; de los años en que *iluminaba* con agudas caricaturas los espacios

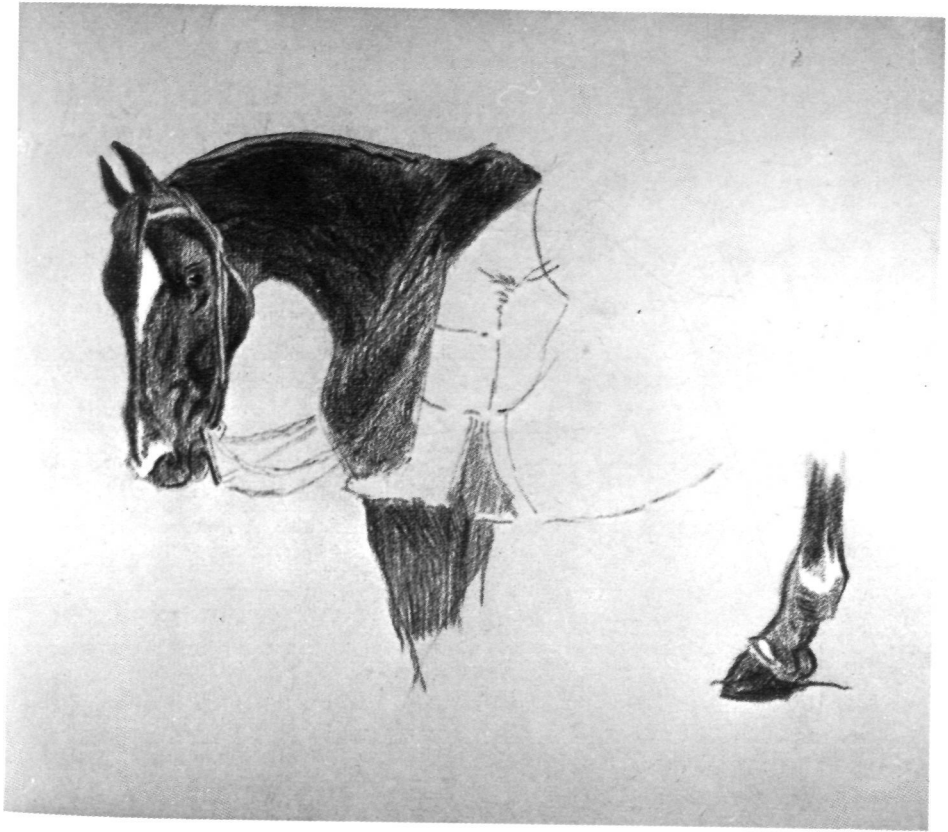
marginales de sus libros o ridiculizaba la excesiva pasión desatada en el pleito divisionista.

Al encenderse en Las Palmas la furiosa polémica sobre el emplazamiento del nuevo teatro en la orilla del mar, frente al pedregoso cauce del Guiniguada, los bandos en disputa tomaron posiciones en las columnas de la Prensa y desde allí se hostilizaron con acaloramiento digno de mejor causa. Realizó Galdós en esta ocasión agudos dibujos y caricaturas sobre el tema en debate: los buques irrumpen en el escenario, las aguas invaden palcos y plateas y los espectadores utilizan lanchas para ocupar sus butacas; peces mitológicos asoman amenazadores por puertas y ventanas; los actores salen a escena con salvavidas y las señoras disponen sus miriñaques para flotar en la corriente; gigantescos pulpos agitan sus viscosos tentáculos... En uno de estos dibujos escribe Galdós:

*El infeliz arquitecto
sólo adornó el frontispicio
con estatuas y letreros
que es un adorno sencillo;
mas bien pronto este defecto
disimularon solícitos
el cangrejo y la langosta
con el pulpo y el erizo.*

El coliseo *náutico*, cuyo disparatado emplazamiento fustigó con chispeante gracejo el lápiz incisivo del futuro autor de *Gloria*, eleva aún su grávida estructura frente a las aguas verdiazules del Atlántico. En su fachada campea paradójicamente un rótulo:

TEATRO PÉREZ GALDÓS.

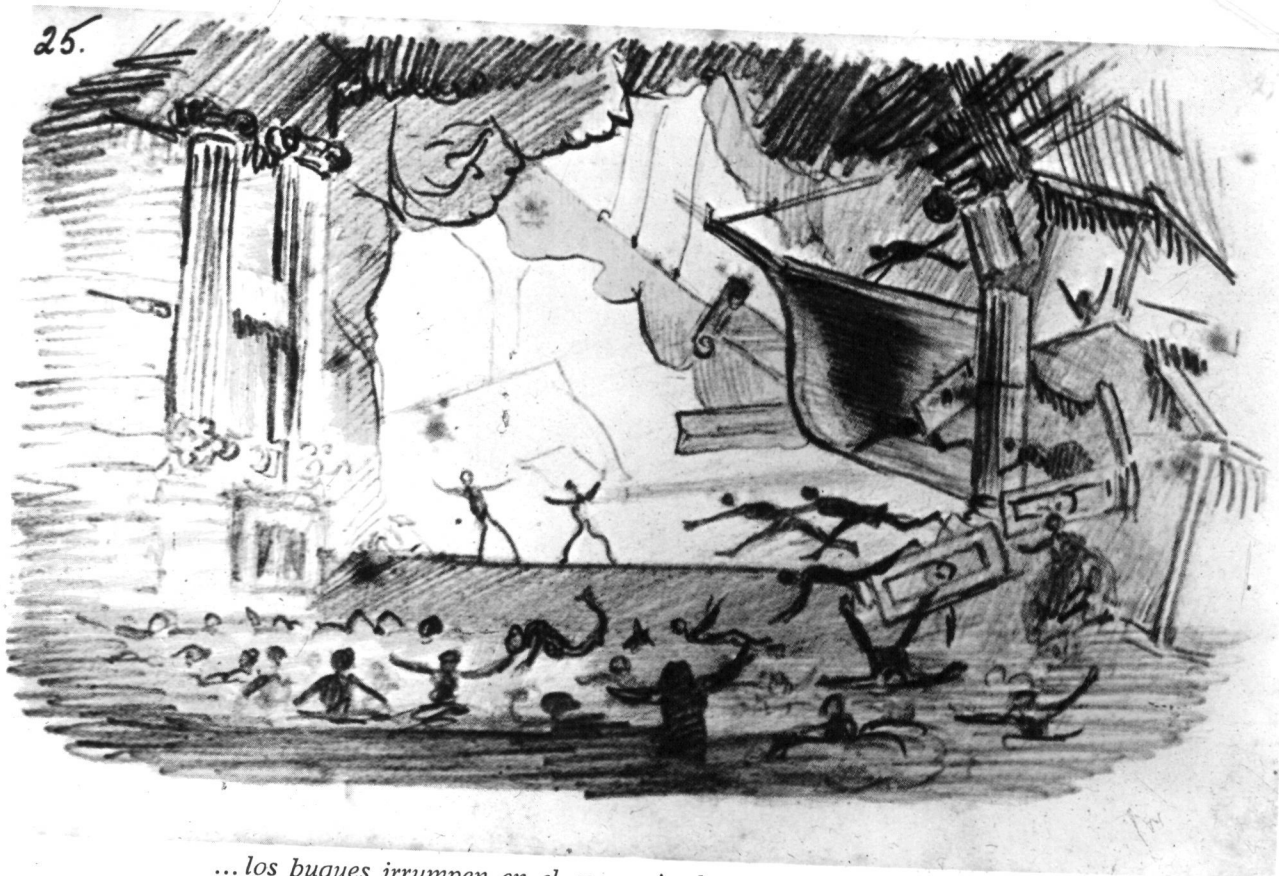


Boceto, por Galdós.



Una extraña fauna marina adquiere sus localidades en el "coliseo náutico".

25.



*... los buques irrumpen en el escenario, las aguas invaden palcos y plateas
y los espectadores sobrenadan en el patio de butacas.*

17.



Los actores salen a escena provistos de flotadores.

IV. BACHILLER EN ARTES

IV

Bachiller en artes.

SIEMPRE que se alude a la época escolar de Galdós sale a relucir su pretendida falta de aplicación e interés por los estudios. ¿Cómo conciliar este hecho con las noticias que se tienen por ciertas sobre su facilidad para asimilar los textos escolares, o con su propia confesión de que su infancia no es distinta de la de otros “bachilleres aplicaditos”? No fue Galdós, ciertamente, un niño prodigio, pero tampoco figuraba en el grupo de alumnos torpes y distraídos. Cursó los estudios de enseñanza media con aprovechamiento, y sus compañeros le pedían a menudo consejo, o copiaban sus trabajos, seguros de que las atinadas observaciones de aquel estudiante avisado merecerían el refrendo de los profesores.

Terminados sus estudios en el colegio de San Agustín, llegó para Galdós el momento de revalidarlos en el Instituto Provincial de Canarias y obtener el tí-

tulo de Bachiller. Un breve resumen de su expediente académico arroja suficiente luz sobre la eficacia de su aprovechamiento y destruye la hipótesis gratuita de presuntos fracasos escolares:

Don Benito Pérez Galdós, natural de Las Palmas, en la isla de Canaria, ha ganado y aprobado en el colegio de la expresada ciudad de Las Palmas... los estudios de 2.^a enseñanza que a continuación se expresan: En el curso académico 1857 a 1858, el primer año del primer período que comprende las asignaturas de Latín y Castellano y ejercicios de 1.^a enseñanza, habiendo obtenido la nota de *sobresaliente*. En 1858 a 1859, *con igual puntuación*, las asignaturas de 2.^o año de Latín y Castellano, primero de Francés y Geografía. En 1859 a 1860, *con igual nota*, las asignaturas de 1.^o curso de Latín y Griego, primero de Matemáticas y 2.^o de Francés; la Historia Natural, con la de *notablemente aprovechado* y el 2.^o curso de Matemáticas con la de *sobresaliente*... Por último, en 1861 a 1862, las asignaturas de Psicología, Lógica y Filosofía Moral y Física y Química, ambas con nota de *sobresaliente*.

Cierto que este brillante saldo de la vida escolar de Galdós en Canarias quiebra notablemente al llegar a Madrid el joven bachiller y matricularse en la Facultad de Derecho de la Universidad Central. Su decidida preferencia por las actividades literarias le apartaba de todo aquello que no se relacionase con el mundo ideal de sus creaciones. “La carrera de Leyes —dijo en cierta ocasión— tenía un año preparatorio, y en ese curso la asignatura que estudié con verdadero gusto fue la literatura latina, por la relación que tenía con mis aficiones. La explicaba Camús y a este maestro

le profesé siempre una sincera admiración y un gran cariño.¹ También he guardado siempre grandes simpatías para Fernando Castro, el profesor de Historia”.

Quiso conocer todas las facetas de la vida madrileña, el complejo mundo de personajes de toda laya que enriquecerían más tarde la inmensa nómina de protagonistas de sus obras. “Vine a esta Corte —declara en sus *Memorias*— donde me distinguí por los frecuentes novillos que hacía... Escapándome de las cátedras, ganduleaba por las calles, plazas y callejuelas gozando en observar la vida bulliciosa de esta ingente y abigarrada capital”. El provinciano recién llegado de la isla apacible captaba el panorama vigoroso de la calle en un momento crucial de la historia política española; contemplaba atónito un verdadero aluvión de acontecimientos cuya densa atmósfera le fascinaba y atraía. Devorado por intensa curiosidad, fue testigo de la Revolución que derribó el Trono de Isabel II; presencié el traslado del cadáver de Prim a la basílica de Atocha, mientras la gallarda figura de Amadeo de Sabaoya juraba la Constitución ante las Cortes, reunidas en sesión solemne; asistió a la proclamación de la República y observó atentamente las conspiraciones que precedieron a la Restauración.

No es extraño que este sugestivo programa, esta

¹ “Galdós —escribe Menéndez Arranz— nos ha dejado un vivo retrato de Camús, de quien fue discípulo el primer año de Derecho. Camús explicaba literatura latina a los futuros abogados, y al decir del retratista, tenía tal arte para animar y hacer actuales los textos milenarios latinos y griegos que era un encanto escucharle”.

avalancha de acontecimientos en cadena, alejase a Galdós de las aulas universitarias. Un precioso material estaba en la calle, al alcance de su mano; fresco y a punto como la arcilla en el taller de un alfarero. Era preciso recogerlo y darle vida literaria.

V. LAS PALMAS-TENERIFE-MADRID

V

Las Palmas - Tenerife - Madrid.

LAS *Memorias* de don Benito Pérez Galdós no puntualizan, como es sabido, muchos acontecimientos de su infancia y su adolescencia, transcurridas en el marco vivo y real de una época. Las peripecias más o menos interesantes de aquellos años se evaden hábilmente o se obstinan en permanecer enclaustradas en el arca virginal de lo desconocido e inédito. El propio *Clarín*, que tan altamente valora los fecundos talentos del novelista frente a juicios adversos e incluso desdenosos, se resigna a consignar que “nada sabemos de la infancia ni de los primeros años de la pubertad de Pérez Galdós”.

Esta nebulosa que desdibuja la primera época de existencia del escritor es a veces rasgada por un rayo de luz que permite delimitar diáfananamente parcelas ignoradas —u olvidadas— de su vida.¹

¹ José Pérez Vidal ha recogido en un documentado ensayo luminosas noticias sobre la niñez de Galdós.

Los datos relativos a los exámenes de grado en La Laguna llevan de la mano al exacto conocimiento de las últimas fechas de permanencia de don Benito en Canarias. Realizó ejercicios en el Instituto de aquella ciudad tinerfeña durante los días 3, 4 y 5 de septiembre de 1862. El 9 siguiente, terminadas las pruebas, emprende viaje a la Península, aprovechando la salida, con destino a Cádiz, del vapor *Almogávar*, que hacía la ruta del archipiélago bajo el mando del capitán don José Fiol. El registro de pasajeros permite identificar, transcurrido un siglo, a la veintena de personas que viajaban en esta expedición y entre las que figuran “un niño de pecho”, para Málaga, y “un demente y dos presas”, para Cádiz.

El breve período transcurrido entre las pruebas de grado, en La Laguna, y la fecha en que zarpó el *Almogávar* de Santa Cruz de Tenerife descarta la hipótesis de que Galdós volviese a Las Palmas después de los exámenes. Resuelto a estudiar la carrera de Derecho e inquieto por conocer otros ambientes, se apresura a tomar el primer barco que sale de Canarias rumbo a la Península. Es tal su impaciencia por llegar a Madrid que ni siquiera toma la precaución de traerse consigo la certificación académica de los estudios aprobados. Al serle exigida para formalizar su matrícula en la Universidad, tuvo que dirigir instancia al Rectorado —30 de septiembre de 1862— solicitando prórroga de presentación del documento:

...Habiendo sufrido los ejercicios que son necesarios para obtener el grado de Bachiller en Artes, pero al mismo tiempo habiéndole sido imposible, por efecto de la premura de su viaje,

el obtener el título de dicho grado. Suplica se sirva admitirle a la matrícula de las asignaturas del preparatorio de Derecho, protestando presentar el referido título en tiempo oportuno.

No sólo le atraía la meta; también la ruta, por sí misma, interesaba al que salía de Canarias por vez primera. El itinerario Cádiz-Madrid venía a ser un gran libro, un curso intensivo de Geografía e Historia. Ante los ojos del viajero desfilaban panoramas y rincones de la naturaleza, capitales y aldeas, gentes observadas en la estrecha convivencia del carruaje y la venta. El trazado de los caminos no se distanciaba mucho del actual itinerario. Salinas gaditanas, olivares jiennenses, inmensas llanuras manchegas, ventas de Cárdenas y Puerto Lápice, con su heterogénea clientela de cómicos, arrieros, clérigos y estudiantes... No hace falta estilizar el viaje en la distancia, romancearlo con palabras, para percibir el pulso de una época.

Cuando Galdós llegó a Madrid no tenía aún veinte años. Había nacido el 10 de mayo de 1843 y el viaje lo realizó en septiembre del 62. Tras unos días de adaptación al ambiente —tan distinto del que dejaba en la isla, con su cortejo de afectos, sentimientos y recuerdos—, inicia ilusionado su observación minuciosa, casi anatómica, de las múltiples facetas que la vida madrileña mostraba a su desmedida curiosidad. Recorre cavas, postigos y costanillas, rastrea viejos rincones y aspira con delectación el aire aromado de antiguos y recientes acontecimientos. Apasionado por lo que descubre, sigue las huellas de la Historia, los lugares en que se desarrollaron sucesos que luego ha de narrar con imaginación vigorosa. Una parte esencial de la

obra de Galdós carecería de significación si prescindieramos de este deambular constante del novelista por la geografía urbana del Madrid del ochocientos.

Madrid recibió a un Galdós joven y erguido, gallardo y fuerte; le admiró luego plétórico de lucidez mental; le respetó cansado y ciego, envuelto en su manta de anciano encorvado. Hoy mantiene Madrid su culto y su recuerdo, aureolados por un inmenso y aplastante prestigio.

VI. EN LA CORTE: ÉXITOS Y FRACASOS

VI

En la Corte: éxitos y fracasos.

PENETRADO de las costumbres, el ambiente y el espíritu de la Villa, Galdós se convirtió en un madrileño más. Vivió en el número 3 de la calle de las Fuentes y en el 9 del Olivo; en las de San Bernardo y Alberto Aguilera y, por último, en el 5 de Hilarión Eslava. Frecuentó los cafés de la Puerta del Sol y asistió a tertulias y redacciones de periódicos. Asimiló con increíble inspiración todo lo que en Madrid tiene algún significado: su historia y sus leyendas, las intrigas políticas y los acontecimientos de la vida vulgar, las grandezas de la Corte y el casticismo de los barrios populares. Madrid correspondió a esta curiosa indagación del escritor prestándole su ambiente y el detalle minucioso del acontecer cotidiano. ¿Acaso no vive en *Misericordia* el espíritu madrileño con todas sus grandezas y miserias? ¿No impulsan el motor de esta novela tipos sórdidos y extraños de un Madrid de

nobles sin fortuna y pícaros sempiternos? La política, las camarillas y sus duendes, las conspiraciones, los golpes de Estado señalan su presencia en las páginas más sinceras y reales de la obra de Galdós.

Recoge el novelista en sus *Memorias* —sin cuya consulta no se escribirían dos párrafos que puedan interesar al lector— anécdotas deliciosas de su vida en la Corte. Las esporádicas escapadas al extranjero, o a Santander y Toledo —donde su *feroz anticlericalismo* gustaba de conversar a través del torno con las monjas del desaparecido monasterio de San Juan de la Penitencia, trabar amistad con canónigos y campesinos y descansar bajo las bóvedas de la Catedral Primada admirando la *alhaja descomunal* de Enrique de Arfe— no debilitan el firme madrileñismo que prendió en su espíritu y permaneció inalterable a través de toda su vida. Madrid fue para el novelista atalaya y observatorio. De tal forma habían calado en su temperamento la ciudad y sus costumbres que una fuerte corriente de savia madrileña discurriría ya, inevitablemente, por las arterias vitales de la obra galdosiana.¹

Madrid fue testigo de los éxitos teatrales de Galdós; también lo fue de sus amargas y fracasos. El estreno —con doña María Guerrero en el papel de Augusta— de la adaptación escénica de *Realidad*,

¹ “Visité a D.ª Lupe en su casa de la calle de Cuchilleros y platicué con el usurero Torquemada y la criada Papitos. Pasaba largas horas en el café del Gallo, donde me entretenía oyendo las conversaciones de los trajinantes y abastecedores de los mercados de aves... En la Plaza Mayor paraba buenos ratos charlando con el tendero José Luengo, a quien yo había bautizado con el nombre de Estupiñá. Ved aquí un tipo fielmente tomado de la realidad”.

constituyó para el novelista una de las satisfacciones más intensas de su vida. Fue una noche solemne e inolvidable. “Entre bastidores asistí a la representación —recuerda en sus *Memorias*— en completa tranquilidad de espíritu, pues en aquellos tiempos yo ignoraba los peligros del teatro... El público, tan numeroso y selecto, oyó la obra con benevolencia en casi todas las escenas y en algunas con verdadero calor y entusiasmo”. Años después, cuando estrenaba alguna comedia, corría a refugiarse en el lugar más apartado del teatro, para no seguir el incierto y arriesgado desarrollo de la representación.

Animado por el éxito de *Realidad* y cediendo a la insistencia de doña María Guerrero, cuyo precoz talento brillaba ya con luz propia, decidió estrenar *La loca de la casa*. Inexperto aún en el cálculo de las dimensiones, la obra resultaba demasiado extensa y hubo necesidad de reducirla a proporciones razonables. Sentíase halagado el autor por la presencia de Echegaray en los ensayos y aceptaba complacido la atención que prestaba a su obra, animando a los actores, y al propio Galdós, con atinados consejos y observaciones.

En vísperas del estreno, don Benito no estaba satisfecho de la forma en que terminaba el último acto. Doña María Guerrero y Echegaray coincidían con el autor en que algo esencial para el éxito se evadía por los entresijos de la comedia. En una noche cambió Galdós el final de la obra, para hacer intervenir exclusivamente a los personajes *Victoria* y *Pepet*. Por fin, el 21 de enero de 1892 *La loca de la casa* se estrenó con resonante éxito. “La crítica —comentó Galdós— anduvo aturdida y desorientada; ni en la censura ni

en el aplauso supieron los críticos lo que decían, ni acertaron a formular una opinión terminante”.

No debe olvidarse que los juzgadores del teatro no fueron nunca santos de la devoción del novelista. La vinculación de los críticos a un periódico o a una empresa teatral le parecía inadmisibile. La inamovilidad del destino —pensaba— les obliga a ejercer, aun contra su voluntad y su criterio, una especie de dictadura. La pedante actitud de definidores lacónicos e inapelables que adoptaban determinados críticos estaba en contradicción con el carácter de Galdós.

La de San Quintín, estrenada también por doña María Guerrero, el 25 de enero de 1893, constituyó un nuevo y ruidoso éxito del escritor canario. La originalidad de algunas situaciones y el simbolismo social de las escenas fueron bien acogidos por el público. La obra permaneció cerca de dos meses en cartel, tiempo que puede considerarse récord en la época de su representación.

En el estreno de *Los condenados* el público mostró su desagrado y la obra naufragó sin paliativos. Don Benito no fue capaz de disimular la amargura que le produjo la excesiva crudeza de la crítica en aquella ocasión: “Rechazada la obra por artes aviesas —escribió algún tiempo después—, los críticos, con raras excepciones, se pasaron al enemigo...” En reacción humana contra el fracaso, Galdós no se resignaba a que la obra desapareciese en forma definitiva de los escenarios madrileños. “Es posible —dijo— que sin tardar mucho tiempo la veamos reaparecer en la escena del teatro Español.” Sin pena ni gloria transcurrieron

los estrenos de *Voluntad, Doña Perfecta, La Fiera...*

Existe el criterio —hasta cierto punto acertado— de que la dramaturgia de Galdós es su novelística llevada a la escena. El procedimiento empleado en su teatro es el mismo que utiliza en sus novelas. “Como autor dramático —observa Cejador—, resiéntese la obra de Galdós de la tonalidad novelesca a que está acostumbrado”. Pero no es solamente esta tonalidad lo novelesco en el teatro del escritor isleño. Lo es la estructura y lo es el procedimiento, desde su raíz. Lo es la obra desde su concepción primera. Sin embargo, la personalidad literaria de Galdós es demasiado relevante para pasar por el teatro inadvertida y estérilmente. “Aquí, como en todas partes —dice Menéndez Pelayo— no vino a traer la paz sino la espada”.

Desde *La Fontana de Oro*, la vocación de Galdós se manifiesta absorbente y arrolladora. Vivir no era otra cosa que imaginar y producir novelas. Fue, pues, ante todo y sobre todo, novelista; con tales aciertos de condensación y de síntesis, con tal dominio del escorzo, de las distancias, de las perspectivas, que alcanzó a darnos un abreviado mundo de sensaciones y, con él, el alto goce estético de sentir que tan apasionante trasunto de la vida es obra de un ser humano.

VII. EL ESTRENO DE ELECTRA

VII

El estreno de Electra.

EL año 1898 sobrevino el desastre. Los periódicos madrileños publicaron apresuradas ediciones extraordinarias con graves y desalentadoras noticias: en Cavite había quedado deshecha la escuadra del almirante Montojo, y, poco tiempo después, en la entrañable isla de Cuba, la de don Pascual Cervera. Titulares a toda plana informaban a los consternados españoles: El *Colón*, embarrancado: fuego a bordo en el *Oquendo*. Cervera herido; mil quinientos prisioneros. Las noticias se extendían rápidamente por el país. Las personas reales suspendieron su veraneo, identificadas con el dolor de los españoles.

La vida en la capital no puede, sin embargo, paralizarse. Es preciso no dejarse vencer por el desaliento. Entre otras novedades, se inaugura el tranvía eléctrico que viene a desplazar al antiguo carruaje arrastrado por mulas. Las gentes se detienen al paso del nuevo

vehículo, recelosas de su excesiva velocidad. El país restaña poco a poco sus heridas, resignado a las irreparables consecuencias del reciente infortunio.

En enero de 1901, inaugurado el siglo y durante la temporada del teatro Español, los actores Francisco Fuentes y Matilde Moreno pusieron en escena el drama *Electra*, de don Benito Pérez Galdós. La obra produjo mucho revuelo y excitó los ánimos en forma desproporcionada. El ambiente era propicio: el matrimonio de la Princesa de Asturias con don Carlos de Borbón, hijo del conde de Caserta, tildado de carlista, y la resuelta oposición de los tutores de la señorita Ubaó —emparentada con distinguidas e influyentes familias vizcaínas— a su ingreso en una Orden monástica, constituían el comentario de la calle, alimentando polémicas y discusiones que a menudo degeneraban en tumultuosos incidentes. Don Nicolás Salmerón, letrado de los parientes de la novicia, podía vanagloriarse de haber logrado del Tribunal Supremo una sensacional sentencia: el estado religioso no es estado civil; la fórmula *tomar estado* que recoge la legislación española sólo se refiere al matrimonio.

La turba estudiantil, interesada en hacer fracasar la boda de la Princesa de Asturias, promovió desórdenes que obligaron al cierre de la Universidad. Los escolares atronaban las calles madrileñas repitiendo, con monótona insistencia, un intencionado estribillo:

¡Que no se case!

¡Queremos clase!

En la Puerta del Sol, lonja y mercado de charla-

tanos y vendedores de baratijas, hizo su aparición un ridículo monigote vestido con traje talar. El voceador de turno pregonaba con desgarrado casticismo :

*Miren al padre Carmeño
cómo está frunciendo el ceño
porque a la monjita Ubao
del convento la han sacao.*

Poco tiempo duró la forzada exclaustración. Al cumplir la muchacha 23 años y alcanzar la mayoría de edad, se reintegró al convento sin prestar atención a las sutilezas jurídicas de la sentencia del Supremo.

En este clima apasionado y sectario se estrenó *Electra*, obra que, ciertamente, no contribuyó a cimentar la gloria y el prestigio universales del autor de *Fortunata y Jacinta*. Algunas gentes aprovecharon el estreno del drama para tomar partido frente a instituciones o personas, excitar los ánimos y predisponer al populacho contra el Gabinete presidido por el general Azcárraga. Desde la noche del estreno, al finalizar las representaciones, grupos de personas vociferaban a sus anchas y acompañaban a Galdós hasta su domicilio, en manifestación grotesca que contrariaba y aburría al escritor. En la calle se sucedían los gritos de ¡Viva Galdós! ¡Viva Galdós!

Cierta noche, uno de los que le alzaban en triunfo, fatigado y sudoroso por el excesivo peso que sobre sus hombros ejercía la carga humana del novelista, dijo malhumorado, con un hilo de voz que apenas le salía del cuerpo : ¡Viva! ¡Viva! ... pero más cerca.

VIII. EL HOGAR MADRILEÑO

VIII

El hogar madrileño.

EN el número 5 de la calle Hilarión Eslava, famosa en los cronicones madrileños de las primeras décadas del siglo por el papel que desempeñó en un extraño suceso, mitad anecdótico y mitad real —el misterioso caso de las niñas desaparecidas— se alzaban hasta hace pocos años, deterioradas por la acción del tiempo y de la guerra civil, las paredes de un edificio de estilo mudéjar. Los tentáculos de una yedra esquelética trepaban por arcos y ajimeces, pretendiendo cubrir con su desmedrado ropaje las caries doloridas del inmueble.

Moradores intrusos, sin exigencias de comodidad y decoro —núcleo rezagado del éxodo que al finalizar la guerra civil hizo aumentar desmesuradamente el censo de población madrileña—, ocupaban las destaraladas estancias del edificio. Libres de formalidades contractuales y de obligaciones económicas, nadie in-

tentaba perturbar la paz mugrienta de aquellas gentes que, bajo el signo de la evacuación forzosa, abandonaron un día sus viviendas rurales y se despidieron del viejo campanario que durante años las había cobijado.

Sobrevivían del edificio ventanas y puertas de un pretendido gusto oriental, y algunos azulejos de abri-llantado dibujo. Un mirador volante exhibía sobre el jardín cubierto de maleza la oxidada armazón de su esqueleto. Muchos días, a la hora del yantar de los improvisados inquilinos, una columna de humo espeso desbordaba la puerta de entrada, ennegreciendo el dintel que tantas veces enmarcó a la noble figura del novelista.

Todo era desorden y pobreza en el abandonado recinto. Solamente el recuerdo permanecía inalterable a la acción demoledora de la guerra y el tiempo. Alguna huella emotiva se resistía a confundirse con el conjunto ruinoso. En la que fue escalera de acceso, sobre un amplio rectángulo, destacaban los giros clásicos de un lenguaje que perdura en el tiempo :

BENEDICTUS PÉREZ GALDÓS. VIXIT LIT-
TERIS PLUS QUAM DIMIDIATUM SAECULUM
SEMPER QUE INTER SUOS FORTUNATARUM
INSULARUM UBI NATUS PALMOSA URBE DIE
X MALL ANNI MDCCCXLIII. HIC FUNATUS IV
JANUAR MCMXX.

Un día se inició el derribo de estas paredes venerables y, poco tiempo después, se alzaba sobre sus viejos cimientos un edificio destinado a funciones docentes. En la fachada, bajo la noble faz del novelista,

campea una inscripción: *Aquí vivió y murió Benito Pérez Galdós. A Galdós, el pueblo de Madrid.*

En los últimos años de su vida, don Benito apenas aparecía en público. No frecuentaba tertulias literarias y procuraba evitar toda ocasión en que la curiosidad y la admiración de las gentes contrariasen su sincero deseo de pasar inadvertido. En la desaparecida casa de la calle Hilarión Eslava reuníase frecuentemente un grupo de paisanos y amigos. Se hablaba de la isla distante, pues el escritor disfrutaba rememorando sus andanzas por el paisaje que frecuentó en su niñez y en su ilusionada adolescencia: las tierras jugosas de Monte Lentiscal, donde correteaba entre rosales y viñedos; el silencioso barrio de Vegueta, que recorría desde su casa —en la estrecha calle del Cano— al colegio de San Agustín; el grave tañido de las campanas de la Catedral... En algún momento, Galdós deja de atender a la conversación y sus ojos cansados se posan indiferentes en un objeto cualquiera de la habitación en penumbra.

IX. RECUERDO DE CANARIAS

IX

Recuerdo de Canarias.

SE ha dicho hasta la saciedad que Galdós vivió desarraigado de su tierra natal. En la fabulosa variedad de tipos y acciones que animan la obra del escritor canario está ausente el recuerdo de la isla lejana y no existe la huella entrañable de los lugares en que transcurrieron los primeros años de su vida. Esta sombra de resentimiento gravita fatalmente en el ánimo de los paisanos del novelista, que se resisten a admitir cuantas razones pretenden disculpar la supuesta indiferencia de Galdós por la tierra en que vio la luz.¹

Ofrecen las islas Canarias atractivo y contenido

¹ “Las obras galdosianas carecen de elemento cívico; recogió en ellas mucha tristeza y gran realidad. De tantas cosas como trata en sus obras no dedica ni el más remoto recuerdo a su país, a la Gran Canaria”. (Palabras de Unamuno en el discurso, cruelmente inoportuno, que pronunció en el Ateneo de Salamanca con motivo de la velada necrológica dedicada a Galdós, *aún calientes* las cenizas del novelista).

suficientes para estimular la inspiración de un escritor cuyo gusto por los elementos locales renuncie a toda aspiración de más alta jerarquía literaria. La tradición y la leyenda, proyectadas sobre un limitado paisaje insular, de lámina portuaria o de discreto y apacible exotismo, acreditan la nota peculiar de la novelística canaria, en cuyo campo han florecido valores de muy alta estimación. Pero Galdós fue todo lo contrario de un escritor regional; nos engañaríamos si pensáramos otra cosa. De su nacimiento en Las Palmas no quedó huella respecto a su actitud frente a la Naturaleza. Estamos con quienes consideran a Galdós gran adivinador sintético de los ambientes. La voz soterrada de su isleñismo no le hizo renunciar a expresarse en formas abstractas y generalizadoras.

Se da cuenta el novelista de las miserias político-sociales de su país, y, a la vez, medita y escribe sobre las bellezas ignoradas; descubre remansos de honda emoción y los hace revivir como fondo de la acción de sus novelas. Quienes censuran a Galdós o se rasgan las vestiduras por el paso que dio hacia una mayor universalidad, adolecen de un penoso provincianismo, que ni siquiera es consecuente, ya que —como se ha dicho en circunstancias análogas— “no reprochan a Picasso su exilio parisiense ni a San Ignacio su traslado a Roma”. La *defección* de Galdós radica simplemente en una falta de adaptación a los reducidos escenarios de la isla. Pero jamás dejó de sentir la llamada de unos recuerdos que se le antojaban a la vez muy próximos y muy lejanos.

Exaltaba don Benito las virtudes de su tierra natal en el seno de la familia o ante el grupo de amigos

que asiduamente le visitaba en su hogar. El sentimiento a la vez canario y español del novelista se manifiesta emocionadamente en el discurso que pronunció en Madrid, el 9 de diciembre de 1900, con ocasión del agasajo que le ofrecieron sus paisanos para celebrar la aparición del tomo *Las Bodas Reales*, último de la tercera serie de los *Episodios Nacionales* :

“Habéis visto —dijo en aquella ocasión— que ha llegado la hora de avivar en nuestras almas el amor a la patria chica para encender con él, en llamarada inextinguible, el amor a la grande; habéis advertido que la preferencia del terruño natal debe ahora ensanchar sus horizontes, llevándonos a querer y venerar con mayor entusiasmo el conjunto de tradiciones, hechos y caracteres, de glorias y desventuras, de alegrías y tristezas que constituyen el hogar nacional, tan grande que sus muros ahumados no caben en la Historia...” “Ensanchemos acá y allá nuestros corazones, tengamos fe en nuestros destinos, y digamos y declaremos que no se nos arrancará por la fuerza, como rama frágil y quebradiza, del tronco robusto a que pertenecemos. No creamos ni aun en la posibilidad de que pueda haber una mano extranjera con poder bastante para cortarnos o desgajarnos, y hacer de nuestro archipiélago una lanza que no sea española”. “Nosotros, los más chicos, seamos los más grandes en la firmeza y vigor de las resoluciones; nosotros, los últimos en fuerza y en abolengo histórico, seamos los primeros en la confianza, como somos los primeros en el peligro; nosotros, los más distantes, seamos los más próximos en el corazón de la patria”. “Seamos, pues, los primeros y más fervorosos creyentes, y declaremos que

el archipiélago canario, centinela avanzado de España en medio del océano, conoce bien las responsabilidades de su puesto, y en él permanecerá siempre firme, vigilante, sin jactancia ni miedo, confiado en sí mismo y en su derecho, sintiendo en su alma todo el fuego del alma española”.

La extensa cita está justificada ; reducirla o mutilarla sería un atentado imperdonable a su prístina y singular belleza. No caben sentimientos más profundos y sinceros de fe nacional y de amor entrañable a la patria chica. Bastaría el calor de estas palabras, pronunciadas sin énfasis ni ensayada elocuencia, para ahuyentar toda sospecha de indiferencia y reconocer la íntima emoción, el apasionado cariño que sentía Galdós por la tierra en que dio sus primeros pasos.

X. CURIOSIDADES Y MISTERIOS DE UNA BIBLIOTECA

X

Curiosidades y misterios de una biblioteca.

LOS trabajos de toda índole que han contribuido al estudio de la personalidad del autor de los *Episodios Nacionales* repiten, con enfadosa monotonía, la consabida retahila de su carácter bondadoso, su timidez y llaneza, su fecundidad, su idealismo; detalles acusadores de su psicología y su temperamento; el paralelismo entre su espíritu y su obra; la difícil incógnita de su pensamiento filosófico... Datos evocadores y, si se quiere, utilizables como elementos decorativos de su densa biografía de novelista, pero huérfanos de originalidad si se repiten como un eco monótono de cuanto se ha escrito sobre Galdós, desde *Clarín* a nuestros días.

Existe, sin embargo, una parcela en la vida fructífera del escritor canario, apenas comentada por quienes, con autoridad y fervor, se han propuesto esclarecer todo lo relativo a este gran animador de

ambientes y muchedumbres. Nos referimos a las preferencias literarias de Galdós: libros que adquiría, libros que manejaba frecuentemente y libros que yacen en su biblioteca, flamantes e intactos, con las páginas plegadas en señal inequívoca del escaso atractivo que le inspiraban. Si instructivo es el tema en cuanto ilustra sobre el gusto literario de Galdós, no menos interés ofrecen las huellas que su lápiz dejó impresas en algunas páginas, al subrayar un párrafo, consignar una nota marginal o bosquejar un apresurado comentario a determinada frase; breves pinceladas que patentizan la curiosidad del lector de excepción por algún pasaje de la lectura elegida.

La mayor parte de los libros de Galdós formaban biblioteca en el retiro *San Quintín*, de Santander, donde pasaba largas temporadas sin apenas conceder tregua a su febril actividad. En Madrid sólo había quedado un reducido número de volúmenes, indispensables tal vez como obras de consulta o como lectura predilecta en los breves momentos en que las manos del novelista, “salpicadas por pecas menudas”, reposaban lánguidas sobre los brazos del sillón, fatigadas de su intensa tarea al servicio de un cerebro creador.

Los profesores Warshaw y Berkowitz, galdosianos fervorosos, han recogido algunos datos de interés para el conocimiento de las lecturas preferidas del escritor. Berkowitz formó un denso catálogo de las obras existentes en la biblioteca, clasificadas por materias. Registró 3.974 tomos, de los cuales cerca de 550 conservan las páginas plegadas. Numerosos volúmenes ofrecen testimonio autógrafo de la amistad, el afecto

y la admiración que por Galdós sintieron muchos escritores de su época. Es curioso observar los inexplicables vacíos que se advierten: “De las novelas de Blasco Ibáñez —escribe Berkowitz— sólo existe un ejemplar de *La Bodega*”. Le sorprende la falta casi absoluta de libros de Pérez de Ayala: “¿Cómo se explica —pregunta— que un admirador tan ferviente del maestro no le regalara más que su *Política y toros*?” De Azorín, entusiasta galdosiano, ni una página impresa. Ausentes están también Zorrilla, el Duque de Rivas y García Gutiérrez. ¿Desdeñaba Galdós el drama romántico que tanto le atrajo en sus años mozos, cuando frecuentaba los teatros madrileños? “En una localidad alta del teatro Español —recuerda en sus *Memorias*— asistí al estreno de *Venganza catalana* del maestro García Gutiérrez, y quedé tan maravillado que al volver a mi casa no se me ocurrió más que quemar mis manuscritos..., pero no los quemé; lo que hice fue imaginar otras cosas conforme al patrón del grandioso drama que había visto representar a Matilde Díez y Manuel Catalina...” De Benavente, Dicenta y Martínez Sierra sólo un par de libros figuran en la biblioteca. En la falta total de las novelas de Concha Espina habrá algún misterio.¹ Pero

¹ “Josefina de la Maza, que es muy vivaz, se levanta y viene al instante con un periódico en la mano. Es *ABC*. Allí veo un artículo titulado *La Biblioteca de Galdós*, que firma Francisco Rodríguez Batllori. “Lea; lea aquí” —me dice—. Hay un párrafo en el que se habla de que en la biblioteca de Galdós no estaban las obras de Concha Espina, alegando el articulista que en ello debe haber algún misterio”. “Y tan misterio como hay —agrega—. Un misterio del que yo estoy plenamente enterada, y en el que andan faldas de por medio. Si no he contestado a esto, yo, que leo los periódicos siempre con el lápiz

lo que no podrá menos de desorientar a críticos y eruditos es la sensacional revelación de que Galdós tuvo sólo dos obritas de Erckmann-Chatrian.¹

¿Cómo debe interpretarse la biblioteca de Galdós? El catálogo completo de los millares de libros de que consta, no satisface la curiosidad de quienes pretenden conocer el gusto literario del novelista y la influencia que en su vasta obra han podido ejercer algunos de los nombres que se alinean en las nutridas estanterías. Acaso desde un plano meramente especulativo podrán aventurarse deducciones ante la promiscuidad de un catálogo que, por igual, contiene obras literarias, históricas, científicas, filológicas, sociales y filosóficas; narraciones de viajes, periódicos, revistas y manuscritos. Es curioso observar la tolerante y discreta connivencia de las obras de Dickens y Daudet, la *Filosofía del progreso*, de Proudhon, las *Cartas a un escéptico*, de Balmes, el *Manual del francmasón*, de Des Etanges, el *Tratado de patología interna*, de Jaccoud, los *Procedimientos civiles y criminales*, de Lastre y casi toda la música de Beethoven...

Se ha dicho que Galdós prefirió la historia y la

en la mano, es por no remover algo no del todo santo, pero de lo cual mi madre, como siempre, tendría que salir con la frente muy alta, porque todo el mundo sabe que su nombre podría estar en las puertas de las iglesias". "Entiendo que alguna mujer, por celos o por lo que fuera, hizo un expurgo en la biblioteca de don Benito". "Entiende Vd. bastante bien".

(JOSÉ LUIS GRACIÁN: *La Estafeta Literaria*. N.º 43. (segunda época). Madrid 12-V-1956. "A Concha Espina le faltó un voto para el Premio Nobel!").

¹ Sabido es que, para algunos autores, la idea de escribir los *Episodios Nacionales* pudo ser sugerida por los *Romans nationaux* de estos escritores franceses.

geografía a otras materias. Jamás leyó un libro atraído por la fama o la popularidad de su autor; no desdeñaba las obras modestas o de autores noveles si al examinar el índice encontraba algún capítulo capaz de estimular su curiosidad. La biblioteca de Galdós no es realmente un arcano inexplorado. Pero en la fronda de tanta página impresa puede estar agazapado un mundo inédito de luminosas y reveladoras curiosidades sobre las lecturas predilectas del novelista.



Galdós, en los últimos años de su vida.

XI. ESPÍRITU RELIGIOSO

XI

Espíritu religioso.

LA cómoda etiqueta de heterodoxo o, al menos, de indiferente religioso que durante mucho tiempo ha pesado sobre Galdós, por desconocimiento, sin duda, de la emoción profunda que invadía su espíritu al refugiarse en la paz confortadora de un templo, pierde cada día, por fortuna, crédito y consistencia. “El escritor volteriano y enemigo ardiente del dogma, según la ya estereotipada terminología de sus coetáneos —se ha dicho— aparece ahora tras unos cristales más suaves, incluso con su punto de extremismos, que lo reflejan en el ápice del simbolismo religioso... o como un ardiente católico...”

En una época en que el novelista no precisaba de reivindicaciones ni defensa, *Clarín* ya afirmaba que Galdós era “un hombre religioso”. Y Marañón, indagador excepcional del pensamiento del escritor, no dudó en atribuir a éste la emoción que sintió *Ángel Guerra* al escuchar el Oficio del Domingo de Ramos. *Se le puso un nudo en la garganta y sintió un dolor*

agudísimo en el corazón. “Esta garganta y este corazón —escribe convencido don Gregorio— eran, yo lo sé bien, los del propio Galdós”.

Es posible que el ambiente convencional en que navegaba la sociedad de su época le impusiese la circunstancial servidumbre de un anticlericalismo estéril e inconsecuente. Pero la obra de Galdós rezuma en conjunto una preocupación religiosa, una hondura moral que desmienten las radicales imputaciones de escepticismo de que ha sido objeto. “No intervendría tanto la religión en sus novelas —dijo Menéndez Pelayo en el discurso de contestación al de ingreso de Galdós en la Real Academia de la Lengua— si él no sintiera la aspiración religiosa de un modo más o menos definido y concreto, pero indudable; y aunque todas sus tendencias sean de moralista al modo anglosajón, más bien que de metafísico ni de místico, basta la más somera lectura de los últimos libros que ha publicado, para ver apuntar en ellos un grado más alto de su conciencia religiosa, una mayor espiritualidad en los símbolos de que se vale, un contenido dogmático mayor, aun dentro de la parte ética, y, de vez en cuando, ráfagas de cristianismo positivo”.

Para nadie es un secreto que el texto íntegro de los discursos de ingreso en la Real Academia de la Lengua, y su contestación, se conocen, e incluso editan, antes de la solemnidad académica. Galdós conoció de antemano este juicio de Menéndez Pelayo y no puso objeciones. Estaba, pues, de acuerdo con las palabras del insigne polígrafo sobre el fondo real de su conciencia religiosa.

En la brevedad de sus quintaesenciadas *Memo-*



El obispo de Jaca, don Antolín López Peláez, sintió una gran admiración por Galdós. Le invitó en su domicilio de Madrid, con motivo del homenaje nacional al novelista.

rias, Galdós sale al paso de quienes le atribuyen gratuitamente áridas y esquinadas rebeldías en materia religiosa. Al dejar constancia de su entrañable amistad con Pereda, se esfuerza en desmentir la extendida opinión de una supuesta discordia con el escritor montañés por cuestiones religiosas y políticas: “Esto no es cierto —escribe categóricamente—. Ni don José María de Pereda resulta tan clerical como algunos creen, ni yo tan furibundo librepensador como suponen otros”. El Galdós *izquierdista* que hábilmente pretendían atraerse ciertas colectividades políticas, para hacer bandería de su fama y su prestigio, visitaba en su destierro de París a la Reina Isabel II, o se complacía en la idea de que don Alfonso XIII inaugurase su monumento del Retiro; el Galdós *escéptico* se refugiaba en iglesias y conventos y pedía a las monjas le mostrasen por el torno las reliquias que custodiaban en clausura. “La monja claustrada —observa Marañón— que surge como una visión entre las celosías, y cuya voz parece que resuena con un eco anticipado de la eternidad, fue una obsesión en el gran novelista”. La obra del escritor está sembrada de claustros y conventos. Cierro inefable temblor de espíritu, en el que palpitaba una sincera emoción religiosa, invadía el alma del novelista cuando penetraba en un templo o asistía a los actos solemnes de la liturgia.

Amante de Toledo y de sus tradiciones, ocupaba en la mañana del Corpus determinados lugares del itinerario procesional que ofrecían a su fina observación múltiples detalles y singulares aspectos de este fervoroso acontecimiento eucarístico.

Existe un dato significativo que invalida toda

posible pretensión de atribuir esta actitud del novelista a simple deseo de satisfacer emociones de arte exigidas por su sensibilidad. En el mes de diciembre de 1865, días después de la festividad de la Inmaculada, cuando sólo habían transcurrido dos lustros de la definición de este dogma por el Pontífice Pío IX, publicó Galdós en las páginas de un diario madrileño una delicada alabanza a la Virgen; jaculatoria breve, inspirada por íntimo y sincero fervor: “María es la belleza suma, el ideal de la gracia, de la pureza, del amor; criatura divina, inmaculada, inocente, resplandece en nuestra Religión como un astro de luz inextinguible; es nuestro consuelo y nuestra esperanza; nos redime en la tierra y nos llama en el cielo. Es la creación más bella de Dios, y la personificación más bella de la Virtud; todos la amamos y la invocamos con fe; su mirada penetra en nuestras almas siempre consoladora, inundada de paz y de amor”.

Galdós dio a la publicidad esta inspirada loa mariana justamente un año después de la aparición del *Syllabus*, en pleno estallido de protesta y críticas del liberalismo contra las resoluciones del Pontífice, a quien acusaba de frenar los avances de la ciencia y entorpecer la civilización y la cultura.

No incurrió Galdós en oscilaciones pendulares entre el escepticismo y la creencia; en ningún momento deja de afirmar el fondo religioso permanente de su carácter, ni de mantenerse frente al catolicismo en actitud respetuosa y comprensiva. Pudo tener prejuicios y haber incurrido en errores, pero siempre persiguió la exactitud y la sinceridad frente a la confusión y el equívoco.

XII. ¿GALDÓS POLÍTICO?

XII

¿Galdós político?

¿FUE Galdós un político? ¿Sintió realmente vocación por la política y sus peripecias? El escritor —se ha dicho— pasa por diversas fases ideológicas: liberal simpatizante con la Corona, republicano con tendencia socialista y, por último, decepcionado de todo, nihilista político.¹

Creemos sinceramente que Galdós no estuvo nunca dispuesto a dejarse absorber por la política; rechazaba, sin duda, que las actividades públicas pondrían coto a sus aficiones literarias. Por otra parte, no sería Galdós el patriota que medularmente era, si hubiese propugnado cualquier alternativa política frente a una fórmula equilibrada, equitativa y justa, con sentido nacional. Su concepto de la justicia no podía aceptar lo que de caprichoso y arbitrario tienen las ideologías

¹ ARMAS AYALA, ALFONSO. La transcripción no es literal; se recoge el sentido de la frase sin texto a la vista.

partidistas. Pensaba, quizá, que lo que se apoda doctrinarismo debe llamarse ciencia real única de la política, condenatoria de los frágiles sofismas del juego de partidos.

No había tenido Galdós ocasión aún de conocer la mecánica electoral por dentro, pero le constaban, sin duda, las corruptelas e irregularidades que ningún español ha desconocido jamás en cuanto a la práctica de los comicios. En todo caso, no faltaría quien le instruyese sobre el copioso repertorio de trapacerías a cargo de bandos rivales, en continua pugna y desacuerdo, cuando no en confabulación tolerante y dolosa.

En el paso fugaz de Galdós por las sendas tortuosas de la política hubo mucho de fortuito e indeliberado. “Yo nunca había sentido gran vocación por la política —declara con toda sinceridad—, pero sin esperararlo y por obra y gracia de Ferreras me encontré de pronto con la investidura de representante de la nación. El Rey Alfonso XII murió en septiembre del año 1885 y al siguiente se convocaron las Cortes de la regencia. Ferreras habló a Sagasta de mí para que me eligieran diputado; Sagasta hizo suyos los deseos del célebre periodista y, con tan eficaz ayuda, fui elegido diputado a Cortes por el distrito de Guayama, Puerto Rico...”¹

Recuerda el novelista con fina ironía que fue al Congreso y se sentó en los escaños “transformado, por arte del acta, en un perfecto sagastino, en un completo ministerial”. Votó lo que el Gobierno quiso y en las

¹ *Memorias.*

sesiones “se limitaba a decir sí o no”. Formando parte de la comisión que acudió a Palacio para asistir a la presentación del recién nacido Alfonso XIII, vio a Sagasta “aparecer con una gran bandeja que contenía el cuerpo del monarca, envuelto en algodones y adornado con unos lazos de las insignias del Toisón de oro y las demás órdenes...”

No deja de ser curioso observar, al cabo de los años, la falta de ilusión, y aun de respeto con que alude el novelista al sufragio universal, cuya práctica infalible determinó su elección como diputado a Cortes por la isla antillana: “Las elecciones en Cuba y Puerto Rico —dice en sus *Memorias*— se hacían por telegrama que el Gobierno enviaba a las autoridades de las dos islas. A mí me incluyeron en el telegrama de Puerto Rico; y un día me encontré con la noticia de que era representante en Cortes, con un número enteramente fantástico de votos.¹ Con estas y otras arbitrariedades llegamos, años después, a la pérdida de las colonias”.

Explicaba donosamente que su asistencia puntual al Congreso obedecía a la satisfacción que le proporcionaban las tertulias con los amigos en el salón de conferencias. La Cámara de Diputados fue para el escritor un observatorio más, como lo eran las posadas de la Cava, las callejas populares, los vagones de tercera clase y los patios de vecindad. Galdós no fue nunca partidario de determinada escuela o teoría den-

¹ En cierta ocasión aclaró que los votos obtenidos fueron diecisiete: “Diez y siete votos bastaron para erigirme en representante de la nación.”

tro del orden político, ni llegó a concretar opiniones sobre ningún sistema de gobierno. Sentía con fe, con ardor a la Patria; y por sentir así, sus libros constituyen un rico y ejemplar exponente de pasión nacional. Los primeros *Episodios*, henchidos de arrebatadora fuerza épica, suplantán a la historia fría y protocolaria y se hacen carne con la patria española. Y es que sólo la fe y el amor son creadores.

Nada escribió la mano de Galdós que el amor a la patria, en cualquiera de sus aspectos, no le dictara. Fue tanta la sinceridad, el apasionamiento de su actitud frente a la historia, que bastaría esta característica para justificar la deuda que las más claras definiciones de la voluntad nacional con él han contraído. Pocas páginas más encendidamente luminosas que las suyas se han escrito sobre la línea unívoca de revaloración de nuestro pasado. La concreción españolísima de su pensamiento, sin vaguedad especulativa, sin erudición inútil y recargada, caracteriza su sensibilidad. Su ingente obra se alza como un monumento erigido al espíritu patrio. Galdós no fue un político; fue un patriota. Un espíritu comprensivo, amplio y abierto, capaz de un sentimiento cordial y efusivo hacia todo lo humano.

XIII. FORTUNATA Y JACINTA, ESPEJO DE MADRID

XIII

Fortunata y Jacinta, espejo de Madrid.

EL Madrid de Galdós se ensancha, se expande, desborda su perímetro natural, en alas del recuerdo y la contemplación de un escenario poblado de sombras y ficciones, de ensueños poéticos, de emoción histórica. Las gentes hablan del *Madrid galdosiano* sin tener muy en cuenta dónde empieza y dónde termina su geografía urbana. No todos los barrios del antiguo Madrid forman parte de esa topografía histórico-literaria en que Galdós situó un ambiente y unos personajes; no todas las callejas tortuosas, los edificios anacrónicos, las breves y nostálgicas plazuelas están comprendidos en la parcela urbana en que vive y palpita la multitud de tipos, ambientes, costumbres y escenas creados por el novelista.

En un ameno artículo sobre el Madrid de Galdós,¹

¹ "De la realidad al papel. *El Madrid de Galdós o de Fortunata y Jacinta*", *ABC*. Madrid.

Juan Antonio Cabezas delimita puntualmente la geografía urbana en que se desarrolla la novela *Fortunata y Jacinta*. No es muy extenso este sector de la Villa: “Va de una tienda de aves y huevos, otra de bayetas y paños del Reino, en los soportales de la Plaza Mayor, a la casa de don Baldomero Santa Cruz, en la plazuela de Pontejos. Del Arco de Cuchilleros en la Cava de San Miguel, al Arco de San Ginés, las calles de Hileras, Mayor y San Cristóbal, hasta la Puerta del Sol y sus aledaños. Es lo que *Barbarita* llamaba el riñón de Madrid. Ciertamente que hay escapadas a otras zonas urbanas o suburbanas, como el convento de las Micaelas de Chamberí, o la casa de *Doña Lupe*, en lo que entonces se consideraba un lejano suburbio. Pero el eje de la obra está en la fuente de Pontejos...” En un recorrido espiritual por estos lugares el cronista “ha podido comprobar que el Madrid de Galdós existe”.

El Madrid de Galdós es, en espíritu y presencia, el Madrid de *Fortunata y Jacinta*, la magnífica novela justamente considerada por Menéndez Pelayo como uno de los mayores esfuerzos del ingenio español; la novela que aún nos arrastra al número 11 de la Cava de San Miguel para ver y pisar materialmente la escalera de piedra, que cita el novelista.

La vida del pueblo madrileño de los barrios bajos y la vida del mundo comercial que se extiende desde la calle de Postas a la de Toledo, pasando por la Plaza Mayor, plazuela de Pontejos y Concepción Jerónima; el zumbido de la doble colmena humana cuyos enjambres se entremezclan, envolviendo la historia de dos mujeres que personifican aquellas zonas sociales; el pueblo y el comercio de mostrador; lo más castizo y

pintorescamente madrileño en el siglo XIX, tienen en Galdós su agudo, ágil y afortunado observador.

Aquellas dinastías de mercaderes que, partiendo de la casa de los sórdidos Requejos, de la calle del Sol, llegan a los ricos y aseñorados Arnaiz y Santacruces; la tienda de los chinos y los mantones de Manila, donde se confunden, como en aura de leyenda, los aromas asiáticos de sándalo con finas y delicadas prendas femeninas; la viviente figura y la típica tienda del irrestañable hablador *Estupiñá*; las pinturas del comercio menudo de la Cava y calle de Toledo; las escenas de corredor, de astrosa chiquillería, tienen un atractivo irresistible de vida transportada a la radiosa eternidad del arte. Recuerda Marañón¹ que todos los años, al visitar en enero la estatua de Galdós, en el Retiro, el día de su aniversario, aparecían como sombras, por entre las alamedas, unos hombres anónimos, con gabanes y sombreros ya en desuso, o unas mujeres extrañas, tocadas con trajes y adornos del tiempo de *Fortunata y Jacinta*, que, sin embargo, en aquel sitio estaban llenas de actualidad.

Las mejores creaciones de Galdós se produjeron en sus épocas de mayor serenidad y equilibrio espirituales; *Fortunata y Jacinta* nació en un remanso entre las obras de combate y las influídas por modas y tendencias extranjeras, sobre todo ibsenianas. No fue Galdós un literato que escribió novelas sino un novelista nacido para su arte; un novelista plenamente vertido, enteramente volcado en su obra. Por haberse dejado absorber por la realidad histórica, es novelista

¹ MARAÑÓN. *Elogio y nostalgia de Toledo*. (Pág. 155).

épico; por haber creado esa legión de vidas y almas insuperablemente españolas es escritor de raza. Tan reales y vivientes, tan españolas como los *Episodios* son muchas, casi todas sus novelas. Y en vanguardia, inundada en radiante luz estelar, *Fortunata y Jacinta*, la obra que *Clarín*, tan parco en su crítica, no dudó en afirmar que es una de las mejores novelas contemporáneas.¹

Al publicarse esta obra, miróse el pueblo madrileño en tal espejo, y no sólo vio reproducida su propia imagen, sino realzada y transfigurada por obra de un artífice excepcional. Se encontró más poético de lo que nunca había imaginado y le pareció más sincero y hermoso el ambiente en que vivía. Aprendió que en la intimidad de los hogares existen dramas y tristezas, virtudes y alegrías, miserias y lágrimas. Un intérprete genial arrojó luz sobre las inquietudes propias de este vivir cotidiano y las expuso, con sencillez y comprensión, a la contemplación de las multitudes.

¹ “El principal defecto de *Miau*, como el principal defecto de *Fortunata y Jacinta*, una de las mejores novelas contemporáneas, consiste en esa especie de delectación morosa con que el autor se detiene en describir ciertos objetos y acontecimientos...”

XIV. “HACERSE EL SUECO”

XIV

“Hacerse el sueco”

ENTRE las amistades que cultivó Galdós durante su época parlamentaria, sentía especial afecto por don Antonio Maura, Canalejas, Puigcerver, Villaverde, Gamazo, Balaguer, Núñez de Arce, Manuel Reina, Ferreras y el marqués de Castroserna. Elogia la agudeza política y la amistad consecuente y leal del *maestro Ferreras*. Castroserna le merece la consideración de un prócer generoso y espléndido, de exquisita y atractiva personalidad. En compañía de estos dos amigos y formando parte de una representación parlamentaria, visitó el novelista, en la primavera de 1888, la Exposición Internacional de Barcelona, “exponente del alto pensamiento y la tenacidad de sus organizadores”.

El viaje a la Ciudad Condal le obligó a interrumpir su actividad literaria —dedicada en aquellos días a la preparación del segundo y tercer tomos de *Fortunata y Jacinta*— y abrir un paréntesis en sus fre-

cuentas visitas a Cuchilleros, al ruidoso café del Gallo y Puerta Cerrada, donde había establecido el cuartel general de sus observaciones.

Rememoraba el novelista, realmente entusiasmado, su visita a la capital catalana. Cumplimentó a la Reina Regente en el palacio municipal, convertido en residencia palatina, y cambiaba diariamente impresiones con Sagasta. La ciudad le produjo un deslumbramiento casi infantil: “En aquellos alegres días —escribe en sus *Memorias*— todas las naciones del mundo estaban representadas en el puerto con lo mejor de sus escuadras. Cuando la Soberana salía de paseo en su lancha real, mandada por el general Antequera, estallaba el cañoneo de las salvas. El estruendo formidable, el humo, el griterío de los hurras de la marinería, daban la sensación de una colosal batalla entre los cielos y la tierra. Quien tal presenció, nunca podrá olvidarlo”.

Con el grupo de diputados que se encontraba en Barcelona asistió al banquete ofrecido por doña María Cristina al Rey Oscar II de Suecia, que en su yate había llegado inesperadamente al puerto. Los invitados ocuparon sus puestos en la mesa, cerca de “las dos testas coronadas”. Confiesa el novelista, con deliciosa ingenuidad, que jamás había asistido a un acto tan brillante y ceremonioso. Cohibido por la presencia de las personas reales, apenas cambiaba algunas frases en voz baja con los amigos que tenía a su lado.

Pero, a los postres, la conversación se generalizó y los Reyes charlaron animadamente con Sagasta y las damas de Palacio, creándose así un ambiente de fina y cordial simpatía. Los invitados tuvieron ocasión

de escuchar de labios del soberano escandinavo la explicación del significado de la conocida frase *hacerse el sueco*.

Pero Galdós interrumpe en este punto su interesante relato, privándonos de conocer la autorizada y excepcional versión del Rey Oscar II sobre la popular locución, que suele aplicarse a quienes ladina-mente eluden una respuesta o fingen desconocer los cargos y reflexiones que se les hace. Imaginamos que el regio invitado se esforzaría en rechazar la versión del *Gran Diccionario de Refranes*, de Sbardi, sobre supuestas *calidades* características de la clase popular sueca. Preferiría, sin duda, aceptar la opinión que atribuye la famosa frase al lógico *alzarse de hombros* de los marinos suecos, cuando en puertos extranjeros se les habla en idioma que no entienden.

Una letrilla española resume con fortuna cierta interpretación del modismo que tan frecuentemente se emplea en los ambientes populares:

*Dos súbditos pierde España
cuando se presta dinero:
el que lo da, se hace inglés;
el que debe, se hace el sueco.*

XV. EN LA AVENIDA KLÉBER

XV

En la avenida Kléber

LA pesadumbre y los sinsabores del destierro de la Reina Isabel II, tras la revolución de septiembre de 1868 que la arrojó del trono, estuvieron siempre mitigados por la presencia de fieles y leales amigos que solían visitarla en su residencia de París, donde pasó el resto de su vida, salvo contadas y breves estancias en España. Su palacio de la Avenida Kléber era puerto de esperanza, seguro refugio de cuantos acudían en demanda de algún favor, que la reina concedía generosamente, sin preocuparse en averiguar el matiz político de quienes necesitaban su ayuda.

El carácter afable de la soberana y la sencillez de sus costumbres conquistaban a cuantos acudían a su residencia. Solía recibir a escritores y artistas, para los que tuvo siempre expresiones de aliento y alabanza. Aliviaba su nostalgia con lecturas de poetas y escritores españoles o escuchando la música selecta que le

ofrecía al piano Ana de Lagrange, extraordinaria cantante que había triunfado en Madrid durante muchas temporadas de ópera.

Galdós sintió un profundo, casi reverencial respeto por las personas que encarnaban la institución tradicional del país. Su presencia en el Palacio de Castilla lo ratifica. Complacíale relatar sus visitas a la reina destronada, acompañado de su paisano y amigo León y Castillo, embajador de España en el vecino país. El novelista percibe el aroma de exquisita sencillez y afectuosa cortesía que la augusta persona supo imprimir a su residencia en el exilio. Traza una semblanza de la soberana, resaltando, con sentidas expresiones de admiración, la dulzura de su carácter. El espíritu dolorido de la reina, su mundo íntimo de brumas y de soledades sombrías jamás se manifiestan en frases requemadas, palabras hirientes o esquiras de amargo resentimiento. Profundamente desgraciada, un noble ideal la mantiene erguida: el amor a la patria lejana. Vive la reina una esperanza desesperanzada. Su serena conformidad se alimenta de la luz que proyecta el arco voltaico de su temperamento.

En una prosa llana, respetuosa y emotiva escribe don Benito: “Había variado sensiblemente el aspecto de Su Majestad; a la peluquita rubia que antes usaba sustituía ya una cabellera blanca, aureola de dignidad y simpatía. Andaba lentamente, apoyándose en un bastón; pero sus atractivos personales, la gracia, el donaire, la dulce ironía de su conversación no habían cambiado; antes bien, los acontecimientos de actualidad exacerbaban la sutileza y la donosura picaresca de sus razonamientos.” Y aludiendo al sentimiento



A B Pery Galdos
afectuosamente
Luis de Borbón
Paris Diciembre 1902.

Gratamente impresionado por la atractiva personalidad de la reina destronada, Galdós recordaba con frecuencia sus visitas al palacio de Castilla, en la Avenida Kléber, de París.

patriótico de la soberana, añade: “Aunque moraba en territorio extranjero, su corazón permanecía en España, y en sus conversaciones sólo trataba de asuntos exclusivamente españoles...” “Era doña Isabel tan generosa, que sin instigación de nadie, perdonaba todas las ofensas que había recibido... Jamás oímos de sus labios una palabra rencorosa; y aun en la soledad de su destierro forzoso, supo mantener las apariencias ceremoniosas de reina efectiva...” “Hablaban un lenguaje claro y castizo, usando con frecuencia los modismos más fluidos y corrientes del castellano viejo, sin asomos de acento extranjero y sin que ninguna idea extranjera asomase por entre el espeso tejido de españolas ideas”.¹

La lectura de estos párrafos coloca en franco desprestigio el pretendido republicanismismo a ultranza de Galdós. ¡Cuánta distancia entre las palabras y la intención de este texto del *republicano* Galdós y las sombrías frases que dedica a Isabel II el republicano Castelar en su ingenioso artículo *El Rasgo*, promotor indirecto de los graves sucesos de la Noche de San Daniel!

Gratamente impresionado por la atractiva personalidad de la reina, por su trato afable y sencillo, el novelista recordaba con frecuencia sus visitas al palacio de Castilla. Cuantas veces acudía al edificio de la Avenida Kléber encontraba la misma acogida. La soberana extremaba su amabilidad y su simpatía con los compatriotas, cuya presencia avivaba en su ánimo el recuerdo entrañable de España.

¹ *Memorias*. — Pág. 195 y sig.

XVI. UNA TERTULIA

XVI

Una tertulia.

LA singular Sofía Casanova fue una escritora que dominó todas las formas de expresión del pensamiento y dejó signada, con la elegancia de su estilo, la clara prosa castellana.

Joven aún, solía asistir a reuniones literarias en la casa de don Ramón de Campoamor, quien descubrió su vocación por las letras y le infundió ánimos para que no torciese el camino emprendido. Aprovechó el consejo la futura escritora; de su temperamento poético, su vocación irresistible y una imaginación fértil y vivaz nacieron páginas luminosas que acreditan su aptitud para la asimilación y la observación.

En plena actividad literaria, la propia Sofía reunía en su domicilio madrileño de la calle de Marqués de Urquijo, corazón del barrio de Argüelles, a un grupo de personalidades destacadas en la literatura, las ciencias, el arte y la política. Don Santiago Ramón y Cajal,

el general Weyler y don Segismundo Moret asistían a esta grata tertulia, atraídos por la efusiva cordialidad de la escritora y por el refinado ambiente cultural que en su casa se respiraba.

En cierta ocasión recibió la visita de Galdós. El novelista correspondía a una reiterada invitación de la autora de *El doctor Wolski*, alterando excepcionalmente su costumbre de mantenerse ajeno a las tertulias literarias y a todos aquellos actos o reuniones que contrariasen su propósito de vivir oscura y modestamente, en el sosiego de su hogar.

Al encontrarse Sofía frente al escritor no pudo disimular su sorpresa. Sus ojos claros, llenos de viveza y sinceridad, delataban la satisfacción que aquel encuentro le producía:

—Maestro, ¿Vd. en mi casa? ¡Qué honor y qué emoción! No fue mayor la que sentí al ser recibida por el Papa.

Al escuchar la desmedida comparación *pontificia*, don Benito quedó desconcertado. Haciendo girar con ambas manos su sombrero, en un intento de sobreponerse a su timidez invencible, contestó sonriente:

—No tanto, señora, no tanto.

Unos meses después, la escritora de los tiernos paisajes, cuyo estilo brillante y apasionado encontró un eco favorable en los ambientes literarios, estrenaba en el teatro Español su comedia *La Madeja*, bajo la dirección artística de Galdós.

XVII. CRÍTICA ADVERSA

XVII

Crítica adversa.

EN un estudio riguroso de la obra de Galdós, el interés que ofrece la crítica que juzgó su producción teatral —y por la que sintió el novelista verdadera repulsa— figura siempre en plano inferior respecto de la personalidad y significación de quienes pusieron a contribución sus opiniones sobre la obra global del autor de los *Episodios Nacionales*.

Tuvo Galdós amigos y enemigos; panegiristas y detractores. Frente a ellos se alza un silenciario que sólo hablaba para preguntar, miraba para escudriñar hasta la raíz profunda de las cosas y vivía para comprender a la sociedad de su tiempo, observar su manso o alborotado fluir y explorarla en sus más hondos repliegues. Quien haya de juzgar con rigor y justicia la rica y varia producción galdosiana no puede olvidar la época en que vivió el novelista ni la influencia que

en su generación ejercieron las corrientes del pensamiento y la opinión en España.

En la crítica de la obra literaria de Galdós se vertió el gran recipiente de la pasión y el sectarismo, en todas sus manifestaciones. Esto, naturalmente, había de entorpecer cualquier propósito de formular un juicio sereno e independiente. Ni Menéndez Pelayo ni Maura tuvieron libertad absoluta para exteriorizar el concepto que la obra de Galdós les merecía. Ambos se ocuparon de esta obra en ocasiones solemnes y excepcionales, pero poco propicias para expresar un juicio crítico sincero. Con razón se ha dicho que del cotejo de lo que Menéndez Pelayo escribió sobre *Gloria* en los *Heterodoxos* y lo que de esta novela dijo en el discurso de recepción de Galdós en la Real Academia de la Lengua, puede deducirse una sincera y equilibrada crítica. Saliendo al paso de posibles interpretaciones equívocas y sin comprometer demasiado su opinión, el polígrafo trató de distinguir hábilmente entre lo estético y lo religioso, la forma y el fondo, el estilo y la doctrina.

Frente a esta crítica cohibida, necesariamente ambigua, se alza la de Unamuno, demoledora y agresiva, dura y descarnada como un paisaje pedregoso y árido: “Los personajes de Galdós, como sus modelos reales —dice, sin paliativos—, son muy pobres de doctrina. Viven al día. Y la de él, la de Galdós, se reducía acaso al progresismo generoso y romántico, pero cándido de sobra, sencillo, de la septembrina, de la Revolución española de 1868”. “Apenas hay en la obra novelesca de Galdós una robusta y poderosa personalidad individual, uno de esos héroes que luchan contra

el trágico destino y se crean un mundo para sí, para sí mismos... Su *Pepet*, el de *La loca de la casa*, es más bien un personaje cómico, y en cuanto al *Máximo* de *Electra*, por ejemplo, Dios nos libre de ingenieros así”.

Sin abandonar este tono sarcástico, y en ocasión tan poco propicia como una velada necrológica del propio Galdós, Unamuno abrumó a su auditorio con afirmaciones rotundas: “En Galdós no hay problemas obreros, nada de cuestión social, nada de problema agrario; sólo habla de cuestiones religiosas y de la maldita clase media, que ni es clase ni es media... Hay quien ha querido comparar a Galdós con Tolstoi. La comparación está bien, con la única diferencia de que el primero estaba con Sagasta y el segundo con Dios...” El rector de Salamanca culmina su severo juicio con el estrambote de una mortal puñalada: “La lectura de las obras de Galdós es monótona, como el espectáculo de un río tranquilo que sólo refleja en su corriente la silueta de los árboles de la orilla. No encierran nada: no se reveló nunca”.

En los días en que Galdós cosechaba sus más resonantes triunfos, el escritor agustino Padre Conrado Muiños publicó una serie de artículos críticos —*Realismo galdosiano*— que originó vivas polémicas y discusiones. No deja de ser sintomático que, un tercio de siglo después, la acerba crítica de Unamuno coincida en lo fundamental con los juicios de este religioso, sobre todo en lo relativo al carácter de los personajes del novelista. Ambos críticos sienten el vacío de grandes y vigorosas personalidades en la obra de Galdós: “Por esa falta de conocimiento del alma —dice el

agustino— tampoco suele acertar Galdós a pintar verdaderos caracteres... No puede pedirse mayor esmero y minuciosidad mientras describe el exterior de la persona..., pero el personaje moral, lo que principalmente debe constituir un carácter, o queda intacto, o envuelto en la nube de vagas generalidades que apenas logran esbozarlo ligeramente... Las únicas figuras que sabe pintar de cuerpo entero Galdós son las de prostitutas como *Fortunata* y *Marcela*, las de beatas como *doña Perfecta*, y las de curas groseros y comilones como el *don Nicolás* de *Fortunata* y *Jacinta...*” No es enteramente justa y sincera la opinión del Padre Muiños en este punto; olvida lamentablemente que, como advierte Sáinz de Robles,¹ por las páginas de Galdós desfilan sacerdotes dignos y virtuosos y legiones de monjas y religiosas para los que el novelista reserva conceptos y frases delicadamente elogiosos.

Coincide Muiños con Unamuno en la ausencia de personajes de relieve, comparables a D. Quijote, Sancho, Monipodio, Sotileza, el Padre Apolinar, Muergo... ¿Olvidan estos críticos que no a todo gran novelista le ha sido reservada la cumbre estética, aun dentro de una misma parcela de gloria universal?

Bernardo G. de Candamo no se para en obstáculos cuando se lanza decidido contra las últimas series de los *Episodios Nacionales*: “Puede calificarse esta serie —la última— de novelas de anormales. Sólo algún tipo episódico, o algún personaje real o conocido, como es el general cuya muerte describe Galdós de

¹ Conferencia pronunciada en el *Hogar Canario*, de Madrid.— Mayo 1964.



MAYORDOMIA MAYOR
DE
S. M.

Sin lute.

*S. M. la Reina Regente
(q. D. g.) se ha servido invitar
á V. S. para que asista á Palacio
al acto de la presentacion del
Rey ó Infanta que diere á luz.*

*De orden de S. M. lo comunico
á V. S. advirtiéndole que tan
luego como en cualquier formal
reciba aviso oficial de que se aproxi-
ma la hora del alumbramiento, se
sirva presentarse en las Reales
habitaciones.*

Dios que á V. S. muchos años.

Palacio 26 de Abril de 1886

El Jefe Superior de Palacio

Margarita de Santa Cruz

*Señor D. Benito Pérez Galdós,
Diputado á Cortes.*

Formando parte de una Comisión oficial, Galdós fue invitado a Palacio para asistir a la presentación del recién nacido Alfonso XIII.

modo prodigioso, están dentro de los límites de la normalidad y del equilibrio. Los demás, empezando por *Tito*, el narrador, afectan caracteres directos de vesania, con todo el necesario acompañamiento de alucinaciones o de acciones arbitrarias e injustificadas”.

Luis Bonafoux escribió alegremente en una publicación madrileña: “Las últimas novelas de Galdós son otras tantas “latas” dadas a la humanidad, pues don Benito se muestra en ellas a guisa de “épicier” que comercia con novelas...”

Con dinamita en cada palabra escribió Prudencio Rovira: “En este país de valores averiados el *duro falso* de Galdós suplantó la circulación del legítimo. Pronto vimos al terrible Pérez de *Electra* convertido en diputado republicano, con voto pero sin voz. Su más demoledor discurso en las Cortes lo pronunció una tarde en que, unido a seis señores diputados, pronunció, a propósito de una votación, estas palabras históricas: “Que sea nominal”.

La obra literaria de Galdós no fue juzgada en su tiempo, ni en el inmediatamente posterior a su muerte, de acuerdo con sus valores estéticos. Fue exaltada o execrada con apasionamiento por opuestas tendencias políticas y religiosas; una obra engendrada para la lucha no podía ser acogida con unánime conformidad. La presencia física del escritor y la vigencia de muchos acontecimientos y situaciones entorpecían, además, todo propósito de acometer un análisis desapasionado y sereno. Existe, en cambio, ahora, perspectiva suficiente para emitir un juicio definitivo, ajeno a toda influencia extraliteraria. La crítica no ha pronun-

ciado aún su última palabra, pese a la abundancia abrumadora de investigadores y estudiosos que, en Europa y América, trabajan incansablemente sobre diversas facetas de la vasta producción galdosiana. La obra de don Benito ofrece su honesta desnudez a la mirada implacable y escrutadora del análisis crítico. Confíemos en que ningún sentimiento trasnochado empañe de nuevo la limpidez de esta mirada.

XVIII. EL PREMIO NOBEL

XVIII

El Premio Nobel.

CUANDO alguien aludía en presencia de Galdós a cierta corriente favorable a su candidatura para el premio Nobel, el escritor sonreía halagado y su semblante reflejaba una ilusionada y remota esperanza. La petición formulada por millares de españoles a la Academia de Estocolmo tropezaba con la tenaz oposición de influyentes sectores políticos e intelectuales. No ignoraba don Benito que en torno a su nombre se habían movilizado dos tendencias de signo opuesto. Y si desde nuestro propio país se presionaba para que el famoso premio no recayese en un español, fácil era prever el fracaso de los partidarios del novelista.

Los que combatían la candidatura de Galdós alzaban a Menéndez Pelayo como banderín opuesto. En la insensata disputa parecía olvidarse que el galardón de la Academia sueca había sido fundado para premiar la obra de los grandes creadores, las vidas gigantes y

excepcionales, sin discriminación política o religiosa. Poner en pugna ante el extranjero a dos personalidades españolas era llevar más allá de nuestras fronteras torpes y mezquinas discrepancias domésticas y correr el riesgo de que un tercero en discordia se alzase fácilmente con el santo y la limosna. Disputar méritos a Galdós en favor de Menéndez Pelayo, o a la inversa, era un juego peligroso que sólo podía conducir al descrédito de dos personalidades representativas de la vida cultural española.

Muchos de los que fomentaban este enfrentamiento no ignoraban que, con su actitud, podían enturbiar la amistad que entre las dos grandes figuras existía. Tuvo siempre Galdós frases de elogio para don Marcelino; al preguntársele en cierta ocasión sobre sus autores predilectos, no dudó en contestar: “Benavente me encanta como dramaturgo. Es tan admirable como cualquier astro de otros días y de otros países...” Declara a continuación su simpatía por los Hermanos Quintero, Valle Inclán, Baroja, Palacio Valdés, Ricardo León y Pérez de Ayala, y culmina su generoso juicio con unas gratas palabras de elogio al polígrafo: “No digamos nada del gran Menéndez Pelayo, a quien quiero y admiro sinceramente. ¡Como que fue mi contestador en el discurso de ingreso en la Academia Española!”¹

La campaña promovida en favor de Galdós, como posible candidato al premio Nobel, adquirió en ciertos momentos una gran virulencia. Al ser requerido el

¹ ANTÓN DE OLMET y GARCÍA CARRAFFA: *Los grandes españoles: Galdós*. Madrid 1912.

sociólogo Monje y Bernal para que apoyase la petición, no solamente se negó a hacerlo sino que consignó en el pliego de firmas una frase tremendamente condenatoria: “No considero digno de tal premio al escritor que ha hecho en sus libros la apología del ateísmo, del asesinato y del incendio” (?). El propio Maura, amigo entrañable del novelista, salvó el escrúpulo que le asaltaba al suscribir la frase de Benavente que erigía a Galdós en representante del “alma nacional”.

Don Benito permanecía sereno y retraído, como si el motivo que había desatado aquellas acaloradas polémicas fuese ajeno a su persona. Su mayor aspiración consistía en poder pasar inadvertido; pero la celebridad había llamado a su puerta y ya no era posible rechazarla ni eludirla. En una época en que el histrionismo y la excentricidad adquirían carta de naturaleza en nuestro país, Galdós no tuvo necesidad de recurrir a falsas y estudiadas actitudes para atraerse el interés y la admiración de legiones de lectores.

Galdós y Menéndez Pelayo murieron sin haber obtenido el Premio Nobel. La fábula clásica se repetía en esta ocasión: la indiscreta disputa sobre galgos y podencos dio ventaja a quienes permanecían al acecho de la pieza, y el galardón de la Academia sueca puso proa a otro país en que las suaves y serenas brisas del patriotismo ganaron la batalla al viento huracanado del sectarismo y las irreflexivas pasiones.

XIX. VIAJE A ITALIA

XIX

Viaje a Italia.

VIAJABA Galdós ensanchando la mirada gozosa, atento a todo lo que fuese capaz de atraer su curiosidad. De sus salidas al extranjero regresaba con el alma llena de sensaciones y recuerdos, que más tarde adquirirían en su prosa la diáfana policromía de un abanico de colores. Solía afirmar el novelista que no era partidario del arte por el arte; la literatura debe ser enseñanza, ejemplo, y no vana pirotecnia. Este prurito de marcar huella le mantuvo siempre a distancia de la literatura frívola. Sin embargo, en sus notas de viajes Galdós tiene momentos de marcado lirismo y su prosa, sencilla y desnuda, adopta formas e imágenes de delicada inspiración poética. Se empapaba el viajero del carácter y el ambiente de cada país, aspiraba profundamente el olor de las campiñas, observaba las costumbres de las gentes, admiraba los tesoros artísticos y se extasiaba ante los monumentos del pasado, con la mentalidad esclarecida que distingue y aprecia lo que es digno de retenerse en la memoria.

De su viaje a Italia se trajo Galdós ilusiones y realidades que galopan, al compás de su recuerdo, con ritmo vertiginoso y palpitante: “Corred, volad, exploradores del ideal, amantes de lo bello. Atravesad los Alpes por el túnel más grande que en el mundo existía...” De esta forma apremiante espolea al corcel de su memoria para que nada quede en la recámara del olvido. En Turín paseó sosegadamente la ciudad rectilínea; Milán le ofreció el impar espectáculo de la Cena, de Leonardo, el Duomo aéreo, la Galería, la Scala; evocó en Verona las rivalidades entre Capuletos y Montescos, reconciliados en el amor y la muerte. Dominado por la obsesión de los personajes de Shakespeare, rastreó en Venecia las huellas de Otelo y de Yago, y buscó a Shylock, el insaciable avaro “que aun lloraba la fuga de Jessica y la desaparición de su tesoro”. Por agradecimiento a las bellezas que la ciudad de los canales le ofrecía soportó resignado el ataque tenaz e implacable de sanguinarias nubes de mosquitos. Visitó en Padua la basílica antoniana, los frescos de Giotto, la Virgen de la Arona, la estatua de Malatesta, las pinturas del Mantegna...

Huella profunda marcó la deliciosa Florencia en el recuerdo del novelista: la casa natal del Dante; el Battisterio, con sus famosas puertas bronceas, obra de Gioberti; la plaza de la *Signoria*, donde admiró extasiado la Loggia del Lanzi, el Perseo, de Cellini y el Robo de las Sabinas. “Florencia —anota Galdós, abriendo las compuertas de su entusiasmo— es el pueblo único donde existe no sólo el respeto, sino el culto al arte”.

Con la devoción que le inspiraban los templos de

la cultura, penetró en la Galería de Gli Ufizi, para contemplar a Rafael de Urbino, Andrés del Sarto, Perugino y Julio Romano.

Pero el novelista ardía en deseos de llegar a Roma: “Vámonos pronto —apremia Galdós a su ninfa—; condúcenos a ver el puente sobre el Arno y las risueñas campiñas que rodean esta ciudad”. El tiempo se le antoja interminable en su afán por encontrarse en la Roma pagana y papal. Sin sacudirse el polvo del camino, Galdós paseó calles y barrios de la Ciudad Eterna en busca de la Basílica de San Pedro. Recorrió la gran nave, se paró frente al *baldacchino* y, alzando su mirada curiosa hasta la cúpula, leyó la descomunal inscripción: *Tu es Petrus*. El atractivo de Roma era tan intenso para el viajero que le faltaba tiempo para admirar tanta belleza monumental e histórica: el Foro, los Arcos de Tito y Septimio Severo, la Tribuna en que Cicerón pronunció sus arengas, el Palatino, el Coliseo, la Columna Trajana, el Panteón, San Pablo, las Catacumbas. Los lugares que visita se confunden en la mente fatigada del viajero; no es capaz, como él quisiera, de retener en la memoria las inscripciones de los sepulcros de los mártires y los altares en que se celebraron los primeros ritos de la cristiandad. En el Museo Clementino admiró embelesado el Apolo de Belvedere, el Antínoo, las Venus, Dianas y Minervas; los grupos de Gracias, Musas, Ninfas y Nereidas..., “ese mundo marmóreo, expresión de la fecunda fantasía helénica”.

Nápoles ofrece al viajero, junto a su alegría bulliciosa, el tipismo de sus barrios populares, “mezcla extraña de cháchara y quietismo”; las islas Capri,

Ischia y Prócida, frente al golfo napolitano, quedan en su retina como divinidades oceánicas en reposo. La ascensión al cráter del Vesubio, fuertemente sujeto por dos guías; la visión dantesca de la horrenda cavidad incandescente; el fatigoso avance entre humaredas sulfúreas y tierras movedizas, impresionaron el ánimo de Galdós y le inspiraron una de las páginas más vivaces y palpitantes de sus notas descriptivas de este viaje.

Pompeya, Pisa, Génova, Asís, Siena... y, por último, Bolonia, donde aguardaba a Galdós una curiosa visita al Colegio de Albornoz, fundado en el siglo XVI por el cardenal español. En su recorrido por el edificio conoció el novelista su noble arquitectura, la magnífica biblioteca, las aulas amplísimas... y la habitación que ocupaban dos jóvenes estudiantes españoles. En rápido examen apreció Galdós el *confort* de aquel aposento estudiantil, la riqueza de sus muebles, la abundancia de libros, un juego de ajedrez, floretes para esgrima y, adornando las paredes, “multitud de retratos de lindas y alegres muchachas de teatro”.

Curiosamente preguntó don Benito a la persona que le servía de cicerone si eran estudiosos aquellos muchachos españoles.

—Como estudiosos... —contestó el acompañante—, no sé, no sé; pero son listos, simpáticos y agradables.

Aquellos jóvenes escolares —aclara el novelista— eran don Álvaro de Figueroa, más tarde conde de Romanones y Presidente del Consejo de Ministros, y su hermano don Rodrigo, duque de Tovar y embajador de España en el Vaticano.

XX. DOS ANÉCDOTAS DE PIO IX

XX

Dos anécdotas de Pío IX.

AGRADABAN a Galdós las anécdotas finas y cultas; las anécdotas ingeniosas, con garbo y gracejo. Su espíritu delicado se solazaba con estos destellos de humor que ponen una nota amena en las conversaciones. El novelista era avaro de palabras; parecía retenerlas para liberarlas luego, torrencialmente, en la albura de las cuartillas. A todo prestaba interés y jamás fue desatento con sus interlocutores. Pero prefería escuchar. A veces disparaba una flecha iluminatoria, enriquecida de serenidad, sin sarcasmo ni ironía. Al declinar su vida celebraba con una sonrisa bondadosa y cordial las frases agudas o ingeniosas de los amigos que asiduamente le visitaban.

Cuando alguna anécdota le interesaba, por audaz o sutil —cascada de bengalas en el curso centelleante de una conversación—, don Benito solía retenerla en su memoria como si apresara el vuelo alocado de una

mariposa en la tibieza de un jardín primaveral. Tomaba, incluso, notas para que el colorido deslumbrante, el juego de artificio, la fugaz sutileza no se desvaneciese en su recuerdo.

Durante su estancia en Roma asistió a una comida en el Palacio de España, sede de la Embajada de nuestro país. Entre los invitados se encontraba un abate italiano cuya charla donosa y chispeante atrajo inmediatamente la atención del novelista. Recayó la conversación sobre Pío IX y el clérigo relató ciertas anécdotas de este Pontífice. En la memoria de don Benito, “más fiel que en los hechos históricos en lo anecdótico y familiar”, quedaron grabadas para siempre las palabras que con tanta curiosidad e interés había escuchado.

Es posible que el abate recordase ciertos antecedentes históricos. Treinta y dos años duró el reinado de Pío IX, correspondiéndole uno de los períodos más borrascosos de la historia del Pontificado, con episodios turbulentos que determinaron el fin del poder temporal. Los patriotas italianos estaban escindidos en dos bandos antagónicos: unos, decididamente republicanos, aspiraban a proclamar la República valiéndose de medios revolucionarios; otros pretendían convertir las monarquías absolutas en constitucionales y crear luego una Confederación italiana, en la que el Pontífice sería jefe espiritual y el Rey de Cerdeña caudillo político y jefe castrense.

Con su exquisita habilidad política y su palabra persuasiva, Pío IX trató de conciliar ambas tendencias, dictando disposiciones que podríamos llamar liberales, en el correcto sentido del vocablo. Concedió una

amplia amnistía a los condenados por delitos políticos, prescindió de ciertos colaboradores que no eran gratos al pueblo romano, creó un Consejo de Diputados que se nombrarían por elección, y otro de *pares* elegidos por el Papa. Ambos cuerpos actuarían conjuntamente con el Colegio Cardenalicio.

Pero los reformistas se manifestaban cada día con nuevas exigencias que el Pontífice no podía aceptar. Pronto se vio aislado en el palacio del Quirinal y obligado a solicitar ayuda de los Soberanos europeos. Un triunvirato dirigido por Mazzini se hizo cargo del Gobierno y proclamó la República. Más de un año duró el destierro del Pontífice; no le fue permitido regresar a Roma hasta el año 1850, en que fracasó el movimiento revolucionario.

Tras la caída del poder temporal y la anexión de Roma al reino italiano, el Parlamento votó la ley de Garantías, disposición humillante con la que Víctor Manuel pretendía demostrar a los católicos del mundo que la libertad de la Iglesia y la independencia del Santo Padre estaban reconocidas y protegidas por el Estado. Pío IX se negó a aceptar esta situación, prefiriendo constituirse prisionero en el Vaticano y rechazar la subvención que se le asignaba para las necesidades de la Iglesia.

A los días borrascosos que presagiaban el fin del poder temporal corresponden las dos anécdotas que, con palabra fácil y exquisito humor, relató a Galdós el abierto y expresivo abate italiano.

En el ambiente de la calle se solía llamar *negros* a los incondicionales partidarios del Papa, y *blancos* a los que defendían las pretensiones de la Casa de

Saboya. Pío IX concedió audiencia a una dama romana que hacía gala de su rigurosa adhesión al papado, y cuya edad, indefinida, no era posible descubrir, gracias a la habilidad y la destreza que ponía en el teñido de sus cabellos, siempre de un negro envidiable. Emocionada la dama en presencia del Santo Padre, se arrodilló reverente y dijo entre sollozos: *Io sempre nera, Santísimo Padre*. Y el Pontífice, tocando paternalmente la humillada cabeza azabache de la señora, confirmó con disimulada ironía: *Lei sempre nera* (usted siempre negra).

Un joven poeta italiano envió a la censura eclesiástica el manuscrito de su primer parto lírico. El cardenal censor, cuya fama de severo conocían todos los profesionales de la pluma, condicionó el permiso para la impresión a que se suprimiese la palabra *angélica*, aplicada a la joven heroína de aquellos versos. “Puede Vd. llamarla *armónica* —aconsejó el purpurado al bisoño escritor—, dejando así en paz el reino de los ángeles”.

Se comentó ampliamente esta ocurrencia en las dependencias del Vaticano. Pío IX, que solía pasear diariamente acompañado por un cardenal, lo hizo cierta tarde con el escrupuloso censor:

—*A la Porta Armónica* —dijo el Pontífice al cochero, que quedó confuso y extrañado—. *Sí, a la Porta Armónica* —añadió—. ¿Ignoras que monseñor no quiere que digamos *Angélica*?”.

El cardenal censor, pasados los primeros momentos de turbación, divulgó, sin resentimiento, la fina agudeza del Pontífice.

XXI. LÁPIDAS TOLEDANAS

XXI

Lápidas toledanas.

TOLEDO fue para Galdós una ciudad de encantamiento, que le brindaba a cada paso, en cada uno de sus rincones, inusitadas sorpresas. La Mole Imperial abría su hechizo a la mirada inteligente y curiosa del novelista y le mostraba sus colores intermedios, diestramente insinuados sobre cánones eternos. Con precisa maestría para exhibir su intimidad a la admiración y el asombro, templadas sus armas de seducir, Toledo franqueó a Galdós los postiguillos que conducen a los ardidés arquitectónicos, a los laboratorios de leyendas, a los talleres de prodigio, a los milagros paradójicos que los siglos amasaron con sol y piedra, con tradición e historia. Altanera y encastillada al principio, la ciudad fue cediendo en su estudiado misterio hasta entregarse al novelista con amor, sin recelo, como una apoteosis de seducción.

Las visitas de Galdós a Toledo fueron muy frecuentes. Dedicó en sus *Memorias* encendidos elogios, con sabor de piropro y lisonja, en obligada gratitud a la ciudad que prestó su nobilísimo ambiente a las mejores páginas de *Ángel Guerra*.¹ Ha sido Marañón, en su extraordinario libro *Elogio y nostalgia de Toledo*, escrito en años de angustia y esperanza, quien mejor ha resumido y comentado la vida toledana del novelista; las prolongadas estancias en la casa de huéspedes de la calle Santa Isabel, conviviendo con seminaristas y atendido por las hermanas Figueroa, nobles e hidalgas señoras venidas a menos; los hoteles El Lino, el Imperial, y el del Norte; la casa de *La Alberquilla*, cerca de los palacios de Galiana cuyas ruinas conservan el eco de lejanas y románticas leyendas; la admiración de Galdós por la luminosa aspereza de los cigarrales; la ternura que sentía por los mastines toledanos y por la simpática corderilla *Mariucha*, cuya entrada en Madrid necesitó de la influencia de don Segismundo Moret, presidente del Consejo de Ministros; las visitas al archivo musical cardenalicio; la entrañable amistad con el pintor Arredondo; los itinerarios trazados en la noche sobre un plano

¹ "... lo que aquí llamamos Ciudad Imperial no es inferior a las de Italia ni en monumentalidad ni en riqueza de joyas artísticas... Catedrales hay en Italia, pero la de acá se puede parangonar con las mejores de allá, y de añadidura poseemos las dos Sinagogas que no tienen semejanza en ninguna parte del mundo..." "Y ahora... déjame seguir preparando mi *Ángel Guerra*, cuyo tomo segundo tiene por escena la gran Toledo..." "... no acabaría si te contara punto por punto todas las grandezas que encierra ésta por tantos títulos nobles y sacra ciudad." (*Memorias*. — Pág. 107 y sig.)

laberíntico de la ciudad, con el asesoramiento del *Toledo en la mano*, de Sixto Ramón Parro; los descansos contemplativos en iglesias y conventos; las confituras y almíbares que buscaba y adquiriría don Benito con ilusión casi infantil; los oficios, la liturgia y las viejas y sacras reliquias conservadas en los monasterios de clausura; el recuerdo estremecedor del niño muerto...

En este apretado y delicioso capítulo rememora Marañón la visita que un grupo de amigos del novelista realizó cierto día a Toledo, con el fin de poner una lápida en la casa número 16 de la calle de Santa Isabel, donde Galdós pasó largas temporadas y preparó el material de *Ángel Guerra*. La lápida —escribe Marañón— “ostenta una leyenda digna de la vecindad clásica de la catedral. La compuso Ramón Pérez de Ayala, otro de los amigos más caros al maestro”. Dice así: “En el año 1891 de la Era de Cristo, viviendo la vida toledana para la inmortalidad, aquí demoraba Benito Pérez Galdós, y escribió aquí, con palabras siempre jóvenes, *Ángel Guerra*, poema español de nuestros días: religioso, trágico, burlesco. Pasajero: no pases delante de mí con indiferencia. *Numen in est*”.

Cuarenta años más tarde, otro grupo de amigos y paisanos del novelista repetíamos aquella visita para participar en un rito semejante: prender una lápida en la fachada del hotel *El Lino*, preferido por Galdós en sus estancias toledanas, cuando a doña Agustina y doña Benita Figueroa faltaron arrestos y aptitud para regentar su negocio. En el Cigarral de Menores, frente

al paisaje profundo del campo en primavera, nos reunimos los que habíamos de asistir al acto, acogidos a la cordial hospitalidad de Gregorio Marañón Moya. La lápida que fijamos en la fachada del edificio del hotel había sido redactada un día por su padre: “Aquí vivió D. Benito Pérez Galdós, juglar de la historia de un siglo español. Aquí concibió y escribió parte de la novela de la gran Humanidad. El amor a Toledo le acompañó siempre.— (G. Marañón)”. El Hogar Canario en Madrid, de quien había partido la iniciativa, grabó su nombre junto al del autor de la escueta leyenda. En el fondo oscuro de la lápida campean las siete islas Afortunadas.

Se celebró la ceremonia el 6 de mayo de 1964, en la hora crepuscular que hunde a Toledo en profunda placidez. Claudio de la Torre, hombre de letras por oficio y por sensibilidad, amigo de Galdós sin reservas ni desviaciones, recordó a los asistentes la mágica adivinación de Toledo en la infancia del novelista, cuando construye con toscos materiales una ciudad inventada, imaginaria, cuyas calles laberínticas, presididas por la mole pétreo de una catedral, es la intuición, el presentimiento de Toledo en la mente infantil de Galdós.

En el estudio de Victorio Macho, nido de águilas sobre el río caudaloso

*que, en áspera estrechez reducido,
un monte casi alrededor ceñía
con ímpetu corriente y con ruido,*

se encendió la llama esperanzadora de un proyecto:

el artista reproduciría el monumento del novelista en el viejo muelle de Las Palmas, que el aliento salobre del Atlántico ha deteriorado gravemente. Pero este propósito, nacido junto a los arrullos líricos del Tajo, quedó frustrado por la muerte del escultor.

XXII. LA DIFÍCIL SENCILLEZ

XXII

La difícil sencillez.

CONCIBIÓ Galdós la tarea del escritor como la de un sembrador de ideas. Define con relieve su oficio cuando piensa que el escribir no es una simple sugestión; por creerlo así no emplea su pluma en estériles frivolidades. Escribe, como quien realiza un acto positivo, para enseñar y dejar algo vivo sobre la blancura de las cuartillas. El escritor estimula el pensamiento; produce un estado de ánimo por encima de las barreras convencionales. Evoca un sueño, un deseo, y de éstos brota la voluntad creadora. No forma Galdós en las filas de los que Sempack denomina los grandes utopógrafos: Galdós fue un creador de realidades. A lo largo de su carrera literaria puede seguirse un proceso que va desde la esquematizada realidad, puesta al servicio de una idea, a la observación desinteresada y casi naturalista. Cuando su visión se afina, este naturalismo queda superado con elementos idealistas, en los que,

quizá veladamente, se manifiesta una efusión cordial y humana.

Desde sus veinte años ha poblado nuestro firmamento literario con una constelación de estrellas rutilantes y, sin embargo, su posición fue paradójica: constituyó realmente una figura popular y aislada a un tiempo. Pocos escritores de su talla consiguieron más amplia audición del hombre de la calle, pero su influencia sobre las muchedumbres es reducida. Ahora presenciamos el hecho singular de que muchas figuras destacadas de las letras rinden tributo, de una u otra forma, a su inagotable manantial de imaginación.

Permaneció Galdós, por voluntad y carácter, a distancia de la mayor parte de los escritores reconocidos de su generación. Los grandes novelistas del Continente apenas existen para él; quizá alguna deuda pudo haber contraído con determinados maestros franceses.

Sin desdeñar la estilística, su literatura no es orfebrería; persigue otra finalidad distinta de esa perfección que, cuanto más preocupada por la forma, peor ha de lograrla. No se dejó dominar por esa tiránica obsesión que sobrepone al interés natural un esfuerzo de artífice preocupado por el aspecto externo. Su inagotable inventiva, su agudo sentido de la vida circundante le conservaban siempre erguido y en vigilia, pendiente del impulso vital de su obra. El recuerdo de su vocación periodística le induce a valorar más el *impacto* que la calidad literaria o el andamiaje de una estructura brillante. Sin confesárselo expresamente, Galdós no cree en la obra permanente. Piensa, con Wells, que a toda obra le llega el momento

en que ha cumplido su propósito y no guarda ni el menor rastro de significado. Sin embargo, durante muchos años una parte considerable de sus escritos seguirán siendo fuente eruptiva y continua de inspiración y encanto. Lo que algunas de sus obras han perdido en significación lo han ganado con creces en evocación, en visión documental del pasado. Los personajes y los episodios galdosianos son demasiado fascinantes para no sobrevivir y perdurar; en este aspecto, como en tantos otros, ha conseguido Galdós la inmortalidad.

Puso su pluma de novelista al servicio del reportaje de la vida; todo lo demás era secundario. Lo que *hace* la vida, su interés, su importancia y su meditación son los motores que le impulsan a escribir. Todo revela en Galdós un interés vivísimo por el estudio de las personas, por el eterno misterio del hombre, por las potencialidades, los triunfos y los fracasos del ser individual. En cada una de sus obras se observa un acercamiento progresivo a la realidad. Le oprime el dolor de sus semejantes, sus desgracias y necesidades. Le irrita la injusticia, la miseria y el agravio. Allí donde otro artista más depurado habría logrado una visión intelectual y brillante, él la elude y se consagra a la difícil sencillez de lo real. Galdós, como Lope de Vega, se interesa por el lector popular y trata de hacer asequible a él la síntesis histórica de cada tema. Su deseo de adaptarse a la mentalidad del lector medio, se traduce en una forma anecdótica y vulgar de ver lo histórico. Ameno y hábil en la forma de interesar y cautivar al lector, recurre, como buen realista, a los episodios inmediatos con grandeza histórica, por ser más asequibles al público a que se dirige. Como buen

representante de la época realista del siglo XIX, es un romántico que entrelaza los argumentos históricos y heroicos y los episodios de la vida real, con singular equilibrio en el contenido de retórica y emoción.

En Galdós, como en otros grandes maestros, alternan el vulgarismo y la sublimidad, la altura de pensamiento y la deficiencia de concepción intelectual. El descuido de la forma contrasta con la grandeza de tipos y caracteres. Toda vulgaridad desaparece cuando los problemas de la vida cotidiana son transfigurados, por la magia de la emoción, en altas cimas estéticas. “La obra ingente de Galdós —se ha dicho— hay que valorarla como es: un inmenso bosque, enmarañado, con aroma de flores silvestres, en el cual vive una abigarrada muchedumbre humana, vulgar unas veces, agudamente compleja otras, capaz de la sublimidad por el sentimiento, que por su extensión y diversidad sólo admite paralelo, aunque se trate de mundos diversos, con las genialidades de la pintura de Goya y las enormes agrupaciones de Lope de Vega”.¹

La aportación de Galdós a la literatura fue más correcta y sobria que galana y deslumbrante. Evoca con vigor el ambiente de una época, sin concesiones a la imagen bella ni a las vibraciones retóricas. El estilo literario de Galdós es el triunfo de la difícil sencillez.

¹ VALBUENA PRAT, ÁNGEL. *Historia de la Literatura Española*. Tomo III. Pág. 340.

XXIII. UNA ANTORCHA SE EXTINGUE

XXIII

Una antorcha se extingue.

LA bufanda gris anudada al cuello, una gruesa manta sobre las piernas ateridas, la noble figura del maestro permanece horas enteras, día tras día, derrumbada en una gran butaca de terciopelo rojo. A través de la ventana del despacho la luz se filtra débilmente. Las facciones de don Benito se han tornado tristes e inexpresivas. El cuerpo erguido, gallardo, de constitución casi atlética se hunde ahora en el asiento acogedor. La última vez que salió a la calle fue el 22 de agosto, cuando ya en su organismo había hecho presa la arteriosclerosis.

Durante los tres o cuatro días que precedieron al desenlace, el novelista conservaba aún destellos de lucidez. Su mano derecha acariciaba, en un ademán característico, la atormentada frente que dio vida al mundo ideal y realista a un tiempo de su vasta producción literaria. Unos días después, en la angustia del

morir, Galdós entonaba con voz débil, casi imperceptible, las remotas endechas de su niñez. Juntas las manos, como en oración, entornados los ojos sin luz, el maestro retornaba a los días iniciales. Cerca, muy cerca del lecho del moribundo estaban ahora el colegio isleño de San Agustín, el Monte Lentiscal con sus rosales y viñedos, la calle del Cano, el viejo barrio de Vegueta, el grave tañido de las campanas de la Catedral. Alboreaba la aurora del 4 de enero de 1920. La respiración del enfermo se hizo fatigosa y en su rostro se reflejó el rictus supremo de la agonía. Galdós ha muerto.

La noticia circuló con rapidez. Fue como si hubiesen arrancado del solar patrio toda una urbe llena de personajes que divirtieron, deleitaron e interesaron con sus vidas y sus pasiones; como si la Villa desapareciera de pronto con las casas, los barrios, las calles que frecuentó la inmensa muchedumbre creada por la mente vigorosa del novelista. En el dolor de la ausencia las gentes presentían que algo vital e imprescindible iba a faltarles en el futuro.

Al duelo, que lo era de todo el país, se asoció el Gobierno, las Corporaciones y el pueblo de Madrid. El Municipio —donde fue instalada la capilla ardiente— hizo pública una proclama: “Ha muerto Galdós, el genio que llenó de gloria la literatura de su tiempo con las asombrosas creaciones de su pluma. Con sus libros honró a su patria; con su vida se honró a sí mismo. Fue bueno, piadoso y el mayor adorador del arte y del trabajo...” Los honores, sin embargo, fueron más populares que oficiales. Alegó el Gobierno, para no decretarlos, la falta de precedente, la circuns-

tancia de no haber desempeñado el autor fallecido ningún alto cargo político. El argumento no convenció. Pero al recibir sepultura los restos del novelista, sepultado quedaba también —al faltar aquellos honores— el valor representativo y simbólico de las pompas extraordinarias que la política prodiga, como viático o pasaporte para trasponer los umbrales de la eternidad.

No sabemos si el nombre de Galdós continuará taladrando con su recuerdo la edad venidera, como Homero o Virgilio viven entre nosotros desde la lejanía de los siglos. No lo sabemos nosotros ni nadie lo puede saber, porque esa profecía no nos corresponde ni el futuro se deja nunca sorprender ni hipotecar. Pero es indudable que Galdós fue uno de los más altos escritores españoles de todos los tiempos, pese a la indiferencia y al desdén que en algún momento le cercaron. El entusiasmo de unos y la intención malévola de otros han de ser cargados, como contribución inevitable, en la cuenta de su inmortalidad.

PALABRAS FINALES

CUANDO uno termina la lectura —apasionante por su interés— de esta serie de ensayos biográficos que componen el libro *Galdós en su tiempo*, de Francisco Rodríguez Batllori, inspirados primero por un fuerte sentimiento de paisanaje y después por una leal admiración hacia la vasta y torrencial obra narrativa de don Benito Pérez Galdós, uno siente como la necesidad psicológica de agregar algo a la obra. Y no porque nada le falte, sino por un sincero agradecimiento hacia el autor. Rodríguez Batllori ha ofrecido a su paisano Galdós (considerado hoy, por la crítica más solvente, como el Balzac español y el primer novelista en castellano después de Miguel de Cervantes) un homenaje, bien justificado y merecido, en nombre de los escritores de esta época, cuyos juicios fueron, en tiempos, harto mezquinos, con el autor ya indiscutible de *Fortunata y Jacinta*.

Fue hace unos años, cuando el Hogar Canario de Madrid, del que formaba parte el escritor Francisco Rodríguez Batllori, me invitó un cuatro de enero, (aniversario de la muerte de Galdós), a tomar parte en el modesto acto que cada año se celebra en el Retiro y a pronunciar en él unas palabras. Desde entonces me siento más vinculado espiritualmente a este grupo de personas de buena voluntad que, anualmente, dedican a Galdós un piadoso recuerdo.

El acto no puede ser más sencillo, más de acuerdo con el carácter modesto y sincero de don Benito. Un grupo de amigos del hombre (que son cada año menos) y los admiradores del novelista (que son cada año más), se reúnen en la memorable fecha. Llegan, cada mañana invernal, al soto de pinos del este del Retiro, que cobijan el monumento —piedra magistral de Victorio Macho— en que el escultor representa a Galdós ya anciano, sentado, con las rodillas bajo una manta de piedra, como arropadas para la eternidad. Se colocan unas flores por manos filiales y se pronuncian unas palabras ensalzadoras de la personalidad señera de Galdós. Es como un culto laico y civil, al creador de tantos personajes inmortales y al escritor que sintetizó toda una época de la historia de España, en sus Episodios Nacionales.

Lo primero que yo reconozco al leer este libro, es que Rodríguez Batllori, fiel a la obra y el espíritu de su paisano Pérez Galdós, presta con su esfuerzo un meritorio servicio, no tanto a la mitificación de Galdós, como al conocimiento del novelista como hom-

bre de carne y hueso. Como ser humano que vivió, sufrió y soñó en el Madrid del último cuarto del siglo XIX y primero del XX. Quizá los capítulos más interesantes del libro, (porque tratan facetas menos conocidas y estudiadas) son los que en esta obra de Rodríguez Batllori se refieren a la infancia y adolescencia canarias de don Benito. Ha conseguido documentar aspectos poco tratados por los biógrafos de Galdós y que son tan importantes siempre para conocer la trayectoria y formación de una personalidad humana. Sus estudios de bachillerato en el colegio de San Agustín, los exámenes de grado en La Laguna (Tenerife) así como sus tempranos balbuceos literarios, sus aficiones poéticas y pictóricas que mantuvo latentes toda su vida. Hasta su traslado a Madrid, para matricularse en el primer curso de Derecho en la Universidad Central de San Bernardo, en septiembre de 1862, aún no cumplidos los veinte años, son etapas admirablemente reflejadas y que se leen con deleite en este libro, Galdós en su tiempo.

Aquel tiempo de sus años de estudiante madrileño, de las clásicas patronas, es cuando el gran observador de entonces (futuro gran narrador) conoce y comprende la vida de aquel Madrid pequeño y bullicioso, todavía pueblerino y corte de los milagros, agitado por las inquietudes políticas que se inician en 1868, con el destronamiento de Isabel II, y no terminan hasta la Restauración. El Madrid con retórica de Castelar y versos de Núñez de Arce. De aquel Madrid, de su espíritu, ambiente y geometría urbana, es del que se apropia Galdós para instalar sus personajes y

extraer los argumentos de sus fábulas, tan cargadas de espíritu y humanidad.

Todo este proceso de asimilación, de casi mágica creación, que convierte al canario Pérez Galdós en el novelista de Madrid, queda perfectamente estudiado por Rodríguez Batllori en los capítulos centrales de su obra. También pone de manifiesto la importancia que tuvo su teatro en la consolidación de la personalidad y la fama galdosianas.

Cuando en Madrid se habla del Madrid de Goya, del Madrid de Galdós, del Madrid de Arniches, de lo que se habla es de la capacidad mágica de tres paletos (podrían citarse más) para crear un madrileñismo eterno. ¿Qué facultad taumatúrgica tiene el novelista, cuando lo es de verdad, que no sólo crea ficciones perdurables sino que cuanto toca de la propia realidad lo inmuniza contra la corrupción, lo impermeabiliza contra la acción destructora del tiempo? El Madrid de Galdós no es sólo una zona de mampostería, más o menos duraderas, ni responde a un plan de urbanización. Es un Madrid en que lo urbano se hizo espíritu, por un milagro de la letra tipográfica. Ambiente de unas vidas y escenario de unos sucesos, inmortales en su sencillez. Capaces de aprisionar para siempre lo que les sirvió de soporte físico en la fantasía del novelista. Por más reformas urbanas que puedan venir, por más piquetas iconoclastas que atenten contra el Madrid urbano, nada conseguirán contra el Madrid de Galdós. Éste vivirá tanto como sus personajes, porque su pluma le dio calidades de eternidad histórica.

Todo esto y mucho más me sugiere el libro Galdós en su tiempo de Rodríguez Batllori, porque, como digo al principio, uno, después de leerlo, siente el deseo de expresar las emociones vividas durante su lectura. Creo es el mejor elogio que, sinceramente, puede hacerse de un libro.

JUAN ANTONIO CABEZAS

Madrid, agosto de 1968

ÍNDICE

	PÁGS.
<i>Prólogo</i>	7
<i>Palabras necesarias</i>	15
I.—Balbuceos literarios	21
II.—Poeta en cierne	27
III.—Afición al dibujo	35
IV.—Bachiller en artes	41
V.—Las Palmas-Tenerife-Madrid	47
VI.—En la Corte : éxitos y fracasos	53
VII.—El estreno de Electra	61
VIII.—El hogar madrileño	67
IX.—Recuerdo de Canarias	73
X.—Curiosidades y misterios de una biblioteca	79
XI.—Espíritu religioso	87
XII.—¿Galdós político?	93
XIII.—Fortunata y Jacinta, espejo de Ma- drid	99
XIV.—“Hacerse el sueco”	105
XV.—En la avenida Kléber	111
XVI.—Una tertulia	117

XVII.—Crítica adversa	121
XVIII.—El Premio Nobel	129
XIX.—Viaje a Italia	135
XX.—Dos anécdotas de Pío IX	141
XXI.—Lápidas toledanas	147
XXII.—La difícil sencillez	155
XXIII.—Una antorcha se extingue	161
<i>Palabras finales</i>	167

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE LITOGRAFÍA SAAVEDRA,
LA NAVAL, 225 - 227,
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA,
EL DÍA 12 DE OCTUBRE
DE MCMLXVIII
FIESTA DE LA HISPANIDAD.